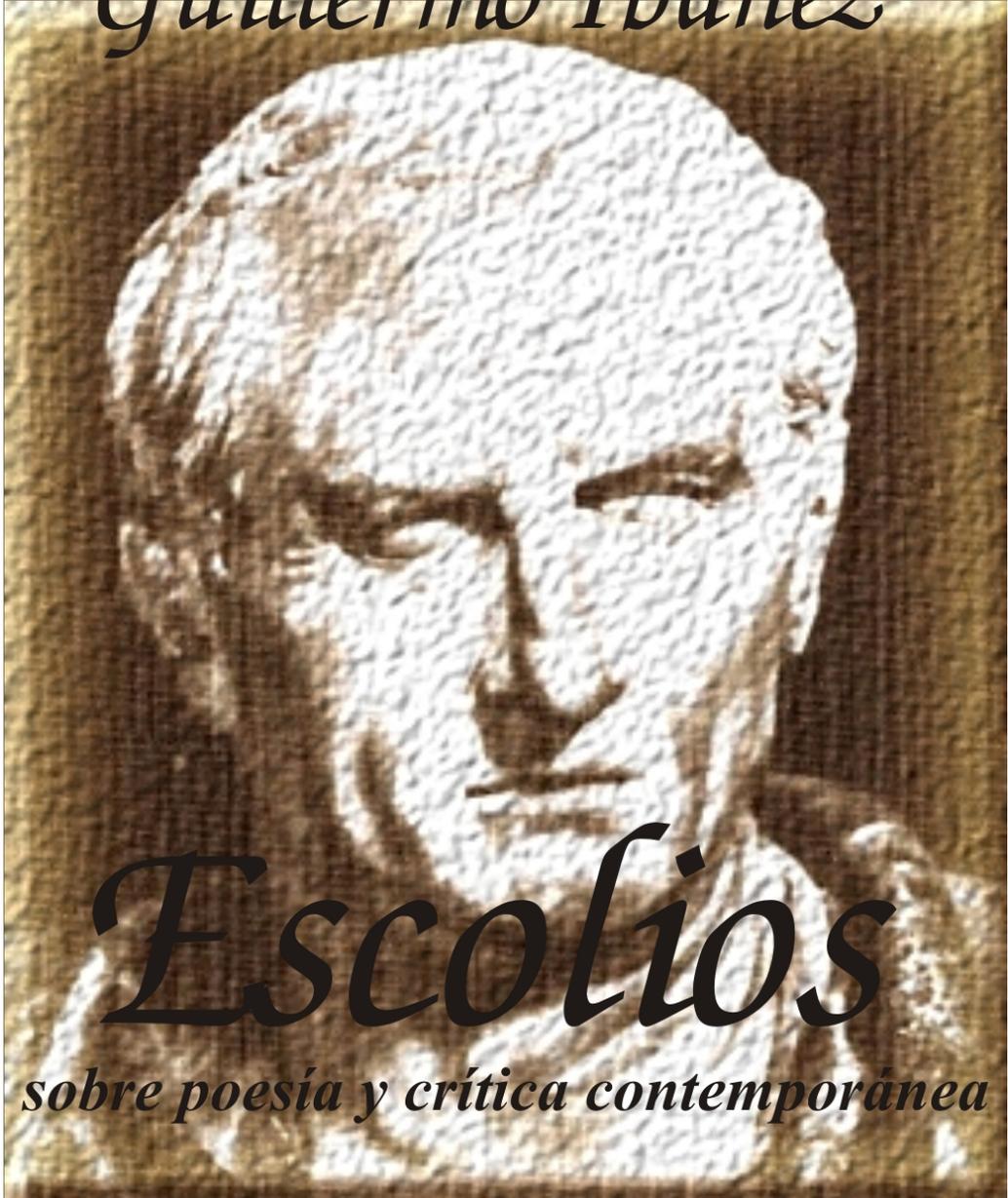


Guillermo Ibáñez



Escolios

sobre poesía y crítica contemporánea

Ediciones "Poesía de Rosario"

Guillermo Ibáñez

Escolios

sobre poesía y crítica contemporánea

Lucía Carmona - Sofía Acosta - Alejandro Nicotra -
Eduardo D'Anna - Reinaldo Sietecase - María del Carmen
Suárez - José Peire - Héctor Yánover - Jorge Enrique
Ramponi - Octavio Paz - Luis Franco - Guillermo José
Harvey - Orlando Florencio Calgaro - Edgar Morisoli -
Claudio Suárez - Leopoldo "Teuco" Castilla - Griselda
García - Roberto Glorioso - Mercedes Roffé - Néstor Mux
- Juano Villafañe - David A. Fuks - Héctor Freire -
Seymour Mayne - Rubén Vela - Gabriel Zaid -
Nicolás Rosa - Noé Jitrik

© Guillermo Ibáñez

© 2011 by Ediciones Ensayos de Rosario Electrónica

© 2014 by Ediciones Ensayos de Rosario Gráfica

Editado en Argentina.

Correspondencia con el autor:

Alvear 350 - Rosario - Argentina

E-mail: poesiaderosario@hotmail.com

Tapa: Obra sobre una foto del busto de Cicerón, dado que la palabra scholium fue usada por vez primera por él (Ad Atticum xiv.7).

Índice

Prólogo	7
Sofía Acosta	9
Alejandro Nicotra	15
Héctor Yánover	19
María del Carmen Suárez	27
José Peire	33
Luis Franco	41
Orlando Florencio Calgaro	49
Guillermo Harvey	61
Reynaldo Sietecase	67
Octavio Paz	75
Jorge Enrique Ramponi	81
Lucía Carmona	89
Edgar Morisoli	95
Eduardo D'Anna	101
Seymour Mayne	107
Mercedes Roffé	109
Héctor Freire	113

David Alberto Fuks	117
Leopoldo Castilla	121
Roberto Glorioso	123
Néstor Mux	127
Leopoldo Castilla	131
Griselda García	133
Claudio Suárez	135
Juano Villafañe	137
Rubén Vela	139
Gabriel Zaid	143
Noé Jitrik	149
Nicolás Rosa	155

Prólogo

Cuando decidí reunir en una publicación notas publicadas en diferentes medios sobre poetas, poesía y alguno que otro libro; lo hice pensando en actualizar aquellas que lo ameritaran de algún modo, tratando de respetar los textos originales, con las pequeñas salvedades que —dada la cantidad de años transcurridos—, debieran realizarse. Tal el caso de notas que en su momento, trataban de poetas que aún vivían y hoy algunos ya no están.

Creo que estas notas, también constituyen el trabajo de quien se ha ocupado de otros poetas contemporáneos, que conoció personalmente o conoce; para contraponerse a la tan remanida jerga universitaria en la que los estudiantes tratan a Virgilio o el Dante, pero, o ignoran o hacen que no existen sus coterráneos, sus contemporáneos y sobretodo, sus “colegas”.

Asimismo, porque la letra de los diarios donde aparecieron estos textos y a pesar de los cuidados que se les prodigan, con el paso del tiempo se van haciendo cada vez menos nítidas, apenas visibles y quiero recuperar para el lector, aquello que hace tantos años atrás tuve el honor de escribir sobre los autores que trato, y ahora en gráfica y en electrónico preservará por otro tiempo el de la tinta y el papel de los diarios.

Aquí se habla de Héctor Yánover, Guillermo Harvey, José E. Peire, Jorge Enrique Ramponi, Luis Franco, Orlando Calgaro ominosamente olvidados por muchos y que sin duda, constituyen buena parte del acervo poético contemporáneo argentino. Para con ellos, esta edición constituye un pequeño homenaje a sus vidas y sus obras.

A quienes viven, tales los casos de Edgar Morisoli, Reinaldo Sietecase, Eduardo D’Anna, Lucía Carmona, María del Carmen

Suárez, Sofía Acosta, Alejandro Nicotra, entre los que elijo para incluir, están produciendo en ese ancho y rumoroso río de la poesía y la literatura y mantienen hoy, como diría Rubén Vela, “la palabra en armas”. Para ellos, es un gesto de mi admiración y amistad.

Para los tres autores de libros, Nicolás Rosa, Noé Jitrik y Gabriel Zaid, un renovado reconocimiento a quienes con su obra, han contribuido de manera sobresaliente a la formación de un corpus de la crítica dentro del habla hispanoamericana, comparable a las voces más autorizadas del mundo como lo son Umberto Eco o Julia Kristeva.

Eso es todo. No son ensayos. Son invitaciones que hice y reitero a todo lector para hacerlo partícipe de mi goce y lo aprendiendo con esos autores.

Son puertas, como ando diciendo últimamente. Puertas que son llamados, asteriscos para que algún lector, a través de estas notas, se interese por los poetas y críticos mencionados y los busque, los encuentre y los disfrute.

Guillermo Ibáñez
Primavera del 2014

Nota:

A fin de ubicarnos en el contexto en que originalmente fueron publicadas cada una de las notas aquí reunidas, obran al pie de cada una de ellas; el medio donde aparecieron, la fecha y la página.

Sofía Acosta

Sobre su libro “La red”

Acercarse a un libro de poemas y pretender comentarlo, implica un riesgo que trascenderá las palabras que se escriban si se ha comprendido, o mejor dicho, aprehendido esa obra.

Quien escribe busca con su palabra una resonancia en el otro. Si sólo otro vibra, rememora o suspira; si alguien se siente descubierto o reconoce en una imagen o en una metáfora un algo de sí mismo; se produce ese mágico encuentro entre una obra y un lector, la consumación de cualquier obra de arte que, aunque de modo inconsciente, percute sobre el espectador, diría Jakobson, y lo convierte en partícipe. Vínculo entre el autor y el destinatario, entre el poeta y el lector.

He desmentido muchas veces la dificultad que supuestamente entraña la lectura del género poético. Insisto en la necesidad de un ámbito propicio para su lectura. Hablo de un ámbito total, interior y exterior, toda vez que leer un solo poema, es indagar en un micro universo, pero universo al fin, plasmado en esa arquitectura.

No podremos jamás revivir un libro de poemas sin haberlo recorrido pausadamente. Sin haberle dado a cada palabra la posibilidad que crezca en todo su significado y logre esa altura de sonido que pretende ser en la rítmica interna.

Quienes han tenido el gusto de conocer las obras anteriores de Sofía Acosta que hoy nos ocupa, coincidirán en que esta poeta

—a quien podríamos relacionar por su temática y su “tono”—, con dos poetas que viven en esta ciudad, me refiero a Beatriz Vallejo y a Dora Norma Filiau, tiene para el lector, un cristalino paisaje de la palabra en su poesía. Por eso hablo de relacionar. No creo errar demasiado si advierto lo poco que los poetas de este litoral (con salvedades, por cierto), cantan a su naturaleza. Y no me refiero a una poesía “regionalista”, sino a hacer de un río todos los ríos y que el mismo cobre relevancia universal y pueda ser mirado en las aguas de cualquier otro.

Sofía Acosta, al igual que las otras dos grandes poetas nombradas, sí cantan a esta tierra y a éste río y a sus sauces. A sus pájaros, a sus paisajes configurando, dentro del cuadro lírico, similitudes que gratifican y mostrarán en otros horizontes, el paisaje litoral.

Esta apreciación previa ligada al paisaje, no pretende sustraer la atención del lector a esos datos solamente. En absoluto, menos todavía, que allí nace y termina esta obra o la de las otras poetas; porque el paisaje, dará argumentos que posibilitarán la imagen. La imagen se nutrirá de palabras y las palabras, adquieren en la pluma del poeta, otro sentido, más allá de sí mismas y de su significado habitual y corriente, un meta sentido, hasta conjugarse o constituirse en metáfora. La metáfora, será la base de estas poesías simples y profundas, como nos enseñara Juan L.

Tampoco, como antes decía, al hablar de un río, creeremos que solamente la poeta hable de un río material. Descubrimos que S. Acosta, utiliza ese río material para hablar de ríos interiores, de corrientes que circulan por la sangre, de esperas y despedidas. Habla, como toda poesía que se precia de serlo, del hombre y su sino (“Aquí devuelve el río las tardes que pasaron las cosas y sus nombres”), nos dice en Camino de río.

“La red”, es un libro que ha sido escrito después de haber sido vivido intensamente. Descreo de la poesía no vivencial.

Imaginaciones sin años transitados, sin cosas que fueron y

pasaron y el hoy las recuerda y las sienas llevan marcadas de esas memorias; imágenes por el sólo hecho de ser tales, me resultan como florcitas que no dicen nada.

De los cincuenta trabajos de “La red”, me permití elegir como para mí mismo, los titulados: “Inédita riqueza”, “Ciudad del poema”, “El invitado”, “Hoy la memoria” y otros que no quiero extenderme en enumerar. Digo elegir para mí porque quizás sean los textos con los cuales uno como lector más se identifica, los que más lo conmueven, en definitiva, los que más me hubiera gustado escribir personalmente y Sofía Acosta me los ha obsequiado en este libro.

Antes de transcribir algunos de sus versos, quiero decir de algunas constantes en la obra de la autora. Desde “Poemario 72” (1) (una antología de ese año, en la que aparece un poema suyo); vienen, en lo que a mi conocimiento concierne, las constantes de las transparencias, las máscaras, el escarbar, los laberintos, lo incendiado. Las piedras preciosas, la soledad. Las amapolas, el exilio, el silencio.

Viene siempre, la palabra “olvido”, los que se fueron, el miedo. Sus palabras son símbolos y algunos símbolos pertenecen al lenguaje habitual de la poeta.

En “Inédita riqueza”, dice:

“Las islas,
mis joyas olvidadas.

Quién dijo que soy pobre,
que no tengo
un cofre de esmeraldas/...”.

En “Ciudad del poema”:

“... Y te vértebras como una inmensa catedral del insomnio.
Mi asombro repercute sobre sus campanarios.

En tu nombre se instalan los pájaros del alba
y el corazón se enciende vital con el verano.”

De “Ultimo linde”:

“... En el último linde no cabe el desconsuelo
ni olvidar la tremenda agonía de ser..”

“El sello”, comienza;

“Y escarbo el círculo
de los adioses y el olvido.
Descubro la raíz, el claro fuego.

Hay un país que engendra su sed
por laberintos
de sencillos fetiches.

Hay cicatrices y una llave
sobre el césped tiernísimo,
que me tienta al regreso.

Qué pretendo encontrar
en la savia del exilio.

Por qué quiero saber
la estructura final de los silencios,
conocer cómo gira esa última puerta...”.

En el final de “Río hecho de azul”, dice:

“... Río hecho de azul, el río mío
con sus ciclos de pájaro y serpiente
de vida y muerte tatuando las orillas...”.

Esos son los textos vivenciales que han dejado sus tatuajes en

el alma de la poeta y transmiten ese grito visceral que ella tantas veces nombra.

“La red”, es un libro de belleza, de verdad y de poesía. En esta obra, Sofía Acosta nos ha entregado como en toda su trayectoria creadora, pedazos de su vida. Nos ha comunicado su soledad y su exilio. Se nos ha dado en cada palabra.

Un comentario como el merecido por su obra precisaría de muchas palabras. Elijo hurtarle a ella misma de su poema “Los retornos”, estos versos:

“... Para cuándo
el relámpago,
la amapola total.

Qué importa
después de todo
mi peregrinaje.

Soy el exilio...”

(1) Poemario 72. Ediciones del Alto Sol, Bs. As. 1972.

Esta nota apareció en el Diario “La Capital” de Rosario, el 6 de septiembre de 1981 en pág. 23.

Alejandro Nicotra

Nota sobre su libro “Lugar de reunión”

La memoria más reciente de los poemas de este autor de Córdoba, nos remonta a “Puertas apagadas”, aparecido en Ediciones La Ventana de nuestra ciudad.

En este caso, Ediciones Taladriz, de Buenos Aires, ha hecho llegar este libro casi artesanal de veintinueve textos realizados con austero rigor lírico.

Lugar de reunión, además de ser el título del libro, nomina a uno de los más logrados poemas de este volumen.

No seguiré un orden cronológico para realizar un pequeño análisis, más bien temático. En tal sentido, podría decirse que aborda dos temas de la poesía: el amor, tema universal e inevitable, con el cual el autor desentraña su propia vida y el arte poético o poética; ambos sujetos al otro con profundos hilos, propios de un autor que puede desobedecer a Rilke, porque sus poemas de amor, son poemas fuertes, entrañables de vigor existencial, plenos de logradas metáforas.

En el titulado: “Recorte”, nos dice:

La mujer, vestida
por el misterio de sí misma
ante las puertas de la noche
confiada
en que su próximo entregarse,
convocará todas las noches del hombre...”

luego continúa describiendo la imagen de esa mujer con palabras como:

“...su cabello mejor que aire.”,

o dirá:

“...esa mujer parece hecha
para ser sólo en palabras...”

Todo poeta encuentra e idealiza y se convierte en hombre que termina su espera, o que el desencuentro lo convoca con la muerte.

Nicotra parece transgredir constantemente esos posibles límites y de pronto nos suscita analogías como en el poema “Venus”:

“...pero tú abres puertas
te instalas y desnudas
e inicias en los declives de la sombra
—fijo planeta, rara diosa—
el esplendor de la mujer y el rocío.”

En cuanto al trabajo que como poética fluye casi sin adjetivación (esa pesada carga que hunde a veces al poema), Nicotra acierta cuidadosamente en restringir tales pesos, adquiriendo su lírica una música sustantiva que ejemplifico con el poema “Pájaro”, que dice:

“Vibra una cuerda de espinas y cumbres
en torno a su garganta.
¿No lo has oído
en las mañanas del invierno
sobre el hielo del árbol seco?

Pero su queja es profecía.

Llora,
muere al borde
del verdor, la flor, la abeja.”

Héctor Yánover

Sobre dos de sus textos

Indagar ya conlleva dificultades cuando trata de hacerse sobre una obra vasta e importante. Transmitir lo descubierto, un compromiso que no quiero rehuir, porque si nos quedáramos quietos en esa quietud ya nuestra y no tratásemos de desentrañar para el lector, algunos de sus signos, de sus contenidos, poco menos que ninguna poesía, desde Horacio, Virgilio, Chaucer o Villon; hubieran llegado a nosotros.

Menos aún, la de los que llamo “poetas silenciosos”.

Los que escriben y han escrito antes, sin las luces de las grandes ediciones. Sólo y nada menos que con la austeridad del alquimista. En soledad. Lejos de las maquinarias comerciales. Quizás, como se debe escribir.

El tratamiento que quiero dar a la presente nota, ha de referirse a dos extensos y hermosos poemas de Héctor Yánover, que si bien, soy consciente podrían no alcanzar para exhibir esa nombrada vastísima obra, dado lo limitado del espacio disponible; pretende sí, abrir la puerta de esa poesía, para que, quienes sientan resonancia dentro de sí, de sus palabras, de sus poemas, puedan acceder a títulos como “Elegía y gloria”, “Hacia principios del hombre”, “Arras para otra boda”, “Las estaciones de Antonio” y la obra posterior a la fecha de este comentario, que fue escrito y publicado cuando el poeta aún estaba vivo.

Hablaré, como dije, sólo de dos textos: “Las iniciales del amor”

y Carta a Walt Whitman”, ambos textos contenidos en el mencionado “Arras...” (Ediciones Hachette, Bs. As., 1964).

Calificar como épica a la poesía de Yánover, tal vez no sea desacertado. Diría; una poesía épica del vivir y del amor.

En el primero de los poemas, nos dice:

“... Tenemos que aprender la libertad
como se aprende un rezo,
tenemos que creer en ella,
hablar a partir de ella,

y al timonel que agosta los racimos
y agua al vino; matarlo, destruirlo...”

Sin duda, una fervorosa manifestación de lo primordial del hombre, como es su libertad. O:

“... Todos los caminos son hermosos.
No hay rutas vedadas
para el que se asume integralmente
y parte en busca del conocimiento...”

“... El mundo empieza cada mañana.
El ayer es una ficción.
Sólo los días por llegar
viven en la esperanza
y son como una gran bandera
que hay que ir desplegando
sin reposo hasta más allá de las estrellas.

No soy optimista. La palabra es creo.
Creo en Dios Todopoderoso
que construyó día a día...”

“...Sólo esta hora de soledad
me ha concedido Dios,

me ha dado visiones y luces
para ordenar el rumbo.

No hay más bodas con Dios
que la primera, si la dejo pasar,
al volver el rostro ya habré encanecido,
y no sabré nunca en qué se fue mi vida...”

“... Pero no me llamo la guerra ni la peste,
ni la desorientación ni el arrepentimiento.

Me llamo el poeta y aunque no soy pastor angélico
y mi memoria es de este tiempo,
un violento deseo de eternidad agujonea mis huesos.

Soy el poeta. Soy tu igual.
Nunca me he olvidado de ti.
Te llamas Homero, Jesús, Buda.

La palabra vela sobre el mundo
y velará por todos los siglos de los siglos.

No soy más que lo que eres.
Si estás en mí, muerde con tanta fuerza mis huesos
que yo pueda ser digno de servirla”.

Evidentemente, se trata de una plegaria épica. Se habla de una
mística de vida. Hay una tradición que nos habla de lo Uno sin
separar los cristos de diversas religiones ni los hombres.

Yánover quiere y pide ser el “servidor de la palabra”, como la
palabra lo precisa a él para llegar a los hombres. Esa demiurgia
que se plantea entre lo que se debe decir y quien es el vehículo
de la palabra.

Este texto, trasciende lo poético, para arribar a algo innegable, a
una experiencia totalizadora que el hombre y el poeta han conju-

gado misteriosamente dentro de este autor que resulta, como en todos los grandes poemas de la humanidad, hablar de un mundo completo contenido en el mismo.

Ocurre que la abarcabilidad que expresa Yánover, remarcando, haciendo caminar al lector por toda la descripción del hombre, del paisaje, el universo, el sentimiento y el conocimiento, la historia, el pasado, el presente y futuro, devienen de una experiencia existencial. El lenguaje. El alto respeto por la palabra como acto sagrado concedido al hombre como gracia que precisa ser transmitida a los demás para ser válida, la crítica que hace al poder, los personajes que nombra, los ruegos y las reprobaciones como una súplica final cuando dice:

“... Y que ahora, la música del mundo no ahogue las palabras de mi canto...”

dan la imagen cabal de una gran poesía intimista y empírica que sólo puede ser escrita cuando, detrás, dentro de esos textos y ese poeta, habita un hombre conciente de su responsabilidad.

“Carta a Walt Whitman”, homenaje al más grande poeta de la vida como lo es el yanqui, encuentra en Héctor Yánover un seguidor, un admirador, un lector que lo pone en presente y le habla como a un espejo.

Whitman, el gran maestro, el gran sacerdote de la poesía que enseña con cada verso de su “Canto a mí mismo”, que todos debemos cantarnos a nosotros mismos porque esa sea la forma tal vez, de encontrar el modo de amar al otro y acceder al amor de y a la totalidad, llámese Dios o como se quiera.

La carga emotiva que tiene esta carta a W. W., de identificación con el gran poeta, hacen pensar, sin duda y no por elogiar sino fijando objetivamente la mira en los que han tenido y tienen el conocimiento de la vida, que la experiencia y recreación que ha hecho Yánover al escribirle este poema-carta, no es más ni menos que el sentirse un hijo adoptivo de la poesía del norteamericano.

“Vete ya Walt.

He bebido en ti como tú has bebido en mí
porque el día que se sequen los ríos
se secará el mar por la misma causa.

Somos una sola cosa desde Adán
al postrer hombre
y si has hecho tuya alguna de mis palabras
es porque todas las palabras son nuestras...”

Es la consagración de su canto, el que unido al canto de todos los hombres de todos los tiempos, forman el corpus histórico de la poesía como todos los ríos, nos ha dicho, forman los mares y sin una sola de las voces que los alimentan, se secarían.

También en este texto, exalta el valor de la palabra como vía posible del humano para acceder al conocimiento:

“... Yo he venido
a decir estas palabras,
estas viejas, antiguas,
olvidadas palabras,
a cumplir mi misión...”

Nuestro autor, se reconoce a sí mismo a través del maestro, como todo lector puede hacerlo, al producir cada cual su propia lectura. Pero hay un sortilegio en la mirada que Yánover prodiga a Walt Whitman. Se canta, se desgrana en versos contaminados de su propia dulzura y comprensión de lo infinitesimal y lo cósmico, que no deben ser otras que las que inspiraran al “poeta de la hierba”. Veamos estos versos:

“... Ahora quiero que mis palabras
crezcan y rodeen el mundo,
que se tomen las unas a las otras
y recorran la Tierra.

Y cuando regresen a mí:
cansadas, sabias, venturosas,
sabré que estoy pronto para recibirte...”

le dice en una suerte de introducción a la carta. Le cuenta que lo ha visto caminando sobre el mar, descendiendo colinas, huyendo detrás de sus disfraces, pero que el ojo avizor de otro poeta, lo persigue y le confiesa:

“... Te es imposible huir de mis ojos...”,

parafraseando a Whitman cuando dice: “Yo enseño a huir de mí, sin embargo, quién puede huir de mí?, a lo que Yánover pide:

“... Dame la mano, elijamos un sitio
bajo esta noche formidable,
en un claro de selva
o en la orilla de un río de mi tierra
y ven a beber conmigo
y a conversar largamente
sobre todas las cosas...”.

La recurrencia del poeta a su tierra natal, Córdoba; con sus ríos y su naturaleza toda, está dicha desde un lugar casi de exilio. Porque no hay un plasmar lo que ve, sino una nostalgia, recuerdos de paisajes que añora.

Analizar desde una perspectiva lingüística de crítica universitaria, sería grandilocuente de parte del que suscribe e irrespetuoso ante la magnitud de la palabra poética, déjenme seguirlo desde lo emocional.

“Poéticamente habita el hombre”, decía Hölderlin y a quienes tuvimos el gusto de conocer a Yánover personalmente, hablar con él y sobremanera escucharlo, sabemos que él habitó poéticamente su vida.

Navegar por el Paraná en su compañía fue una experiencia memorable. Su mirada y sus palabras llenas del paisaje, se tornaron ingenuas, mansas, soñadoras, viendo su pasado quizás. Una mirada de sorpresa. Una mirada de niño.

Y así como en todo lo mencionado hasta aquí podemos escuchar resonancias de los lenguajes de los cristos o del cantarse a sí mismo, veamos al poeta como elemento sobre el que se ha producido el acto perlocutorio —al decir de Jakobson en “Ensayos de lingüística general”— de sus poetas y sobremanera al quien va dirigida esa carta:

“En tu palabra me reconozco
porque en ellas hablas para mi oído.

Yo sé que la belleza del hombre
ha de triunfar sobre el hombre
y que los siete mares
que bañan su entendimiento
han de rescatarlo siempre
del fango y de la muerte...”

Y también estos versos:

“... Estoy dialogando con lo que tenéis de inmortal.
Alguien dictó estas palabras
y ellas deben recuperar la fe del mundo
porque la vida es hermosa y todos sus actos trascendentes...”

Invito y desafío a los lectores a prestarse a la emoción que Héctor Yánover es capaz de transmitir cuando lo leemos y si bien esto podría haber sido un pretencioso trabajo analizando estructuras o valores semánticos, interpretando realidades subyacentes, —que pocas veces en verdad existen—; digo con Giuseppe Quasimodo que la crítica debe estar después de la obra, descriptivamente y no prescribiendo cómo hacer una obra; he preferido dejar que la verdad de la poesía, fluya en la respe-

tuosa transcripción de algunos versos como homenaje a un hoy desaparecido gran poeta de la poesía argentina contemporánea.

María del Carmen Suárez

Sobre su libro “Entendimiento de los cuerpos”

Hablaré en esta nota de esa comunicación integral que hace fundir dos cuerpos en el acto del amor, porque comparto que “los cuerpos fusionados (con la implicancia semántica de la palabra <fusión>), “... expulsando la muerte,/ dos en la noche,/ en el grito final de alcanzarse...” como dice Ma. del C. Suárez, realmente aventan la soledad y la muerte.

Al final, veremos el meta sentido que el amor y la muerte tienen en la poesía de esta autora.

Antes, quiero hacer un alto en este mismo comienzo para decirles lo causal de los libros que aparecen en la vida de uno y se aproximan hasta el tacto.

El tacto convence a la mirada primera, esa “hojeada” que nos confirma la intuición de haber elegido tal o cual libro y no otro. Y el elegido nos rechaza o seduce de ahí en más.

“Entendimiento de los cuerpos”, título al que me ceñiré en esta nota, me sedujo así, con unas líneas miradas aquí y allá.

La intuición se hizo razón con la lectura y sobrevino la necesidad de hablar de esta obra y esta poeta.

La bibliografía completa, obligaría a hablar de premios nacionales e internacionales, de las editoriales americanas o europeas que difundieron su trabajo.

Pero la sola referencia de los títulos de los que es autora M. del C. Suárez, es ya extensa. Mal podría encuadrar en pocas palabras, una dilatada trayectoria. Baste mencionar: “La noche y los maleficios”, “El bosque de fuego”, “Voracidad del sonido”, entre otros. Y adviértase la fuerza de la palabra elegida y la sugestión que conlleva cada uno de esos títulos.

En “Entendimiento...”, hay una tan clara valoración del cuerpo humano como fundamento del vínculo, que sólo ese signo bastaría para vertir una indubitable opinión del libro.

Pero además, en ese ser —la obra investigada—, la poética toda de esta autora, se respira lo que podría llamarse: “riesgo de vida” (y así rememoro a ese poeta nuestro de quien me ocupo en otra de las notas de esta serie, Guillermo Harvey, por su título “El riesgo de lo vivo”), podría llamarse, retomo: exaltación de la piel.

Nos dice M. del C.S. en el poema que da título a esta obra:

Entendimiento de los cuerpos

Los cuerpos se entienden
se abrazan
redimen.

Los cuerpos son algas
flotando en la vida
lazos de viento en el crepúsculo.

Yo naufrago
me agoto
traduzco la noche y me calmo
entiendo tu cuerpo y adivino tu alma
perezco y abrazo
la parte de olvido que integra tu vida

...

Los cuerpos se entienden

más allá del dolor y la dicha
no mienten
no ocultan
arriesgan temblando
se entienden en juegos
en la ceniza del tiempo.

Ellos son nuestro dominio
el arcano que somos aquí
en la frontera donde fuimos convocados
los cuerpos se abrazan por poder de vibración
se auscultan
se rozan
se pulen
se entregan
se aman
demuestran al mundo que el origen fue plegarse
fundir...

Vale acotar que el Poema 12 de Espantapájaros, de Girondo, no sólo es un gran texto, sino que ha venido a convocarnos (me incluyo), en un modo enumerativo de lo que otros pensamos de la relación amorosa. Hay un molde en Oliverio y hay lectores y autores en los que ha dejado colocado ese molde y bienvenido sea. Por otro lado, también el texto de Bretón marca enumeraciones y descripciones. ¿Cómo o por qué desear liberarse de ellas, siendo que evidentemente han sido y son eficaces para otros?

No obstante, las recurrencia a lo descarnado en la parte fundamental de M. del C. Suárez. Su metáfora de poesía bravía y profunda y su prosa poética, igual de fuerte y producto de experiencia y dolor, me recuerda a una de las mejores poetas argentinas, hoy fallecida, Olga Orozco con su “Museo salvaje” o “Las muertes” o “Los juegos peligrosos”, de una cuasi infernalidad, de una violencia poética que conmueve la razón y el espíritu. Y comparto esa poesía vibrante, hasta por veces siento que sólo esa poesía me gusta, como diría Nietzsche: “sólo me importa lo

escrito con la propia sangre”. Sí, la poesía de la sangre y de lo maldito. Tal vez esa vertiente de la poesía negra de algunos de los surrealistas de su época. Una literatura cruel, como el teatro de Antonin Artaud.

También M. del C. Suárez me recuerda a Virginia Woolf en su “Diario de una escritora”, de una desgarrante visión de sí misma, adjudicada por V. R. Forrester a estados de no lucidez, aunque en lo personal creo que eran de los más lúcidos estados de V. W. Ocurre lo mismo con nuestra autora. Uno se siente tan descubierta, se sabe tan solo en la inmensidad que separa el tiempo del nacer y del morir que algún lector cómodo tratará de rechazar en su molicie, en su rosa sentido de vivir, la lectura de “Entendimiento de los cuerpos”.

Ahí reside quizás la valoración del cuerpo como único testimonio que nuestra autora conoce del placer, del dolor, y también del holocausto. La entrega total de su posesión, el abrir de sus fronteras, el cuerpo sitiado por las pasiones de la vida que se deja invadir, que implora ser invadido.

“... único territorio donde fuimos convocados...”, no dice, en el que el ser se debate circunscripto a los límites de su naturaleza y de su tiempo.

De esta poética puedo decir: poesía intimista, fuerte, vital. Puedo decir: poesía substancial. Mítica. Equiparación o descubrimiento de que el hombre puede acceder a otra condición. En tal sentido hay poemas titulados, por ejemplo: “Resplandor de Venus”, en el que nos dice: “... Si el amor es un largo olvido entre las sombras/ nosotros formamos un río inabarcable/ si el amor transforma el horizonte/ somos una ilusión entre mañanas...”

La constante del pasajero, como aceptando, aunque no mansamente que ese personaje, el amor, aparece y pasa en la vida de los hombres, es una búsqueda continua, un reclamo a la oquedad y al silencio y dice en:

“Cuando un cuerpo aparece cambian las señales”,

y que:

”Un cuerpo abandonado en una playa
un cuerpo joven donde la luz se incrusta
y lucha por penetrar la piel
hasta sus laberintos
es un manantial
el comienzo del mundo...”

y

“...cuando un cuerpo aparece
el sonido es distinto
cambian las señales

...

el cuerpo es un habitante de secretos

...

los arbustos secos del trópico
brillan y se extienden en el cielo cuando
un cuerpo los circunda
el hombre realza el universo
su cuerpo es brillo inusitado en las auroras
sus orificios cuencas donde los asombros ruedan
cavernas de olvidos
y en esos huesos y sus laberintos crece la vida
una tierra de nadie que abre su surco al sol”.

Porque, como dice la autora, “... el que ama, juega con la muerte”. Y coincido. El amor hace que el hombre olvide el olvido, que es uno de los componentes de la muerte.

José Peire

Una voz de cristal en la poesía

Dentro de esta elegida misión de escribir sobre los poetas argentinos contemporáneos, merecido homenaje a sus obras y a sus vidas, no podría omitirse, a riesgo de ser cómplice de los negocios editoriales que elevan las obras de algunos y dejan caer un manto de olvido sobre otros, hablar de José E. Peire, tal vez una de las voces más altas y puras de la poesía de Rosario, circunscribiéndonos, eso sí, a la generación de este autor que a 1985, contaba con ochenta y dos años.

Escribí para este mismo diario una serie de notas como las que aparecen en las páginas de este libro dedicadas a unos cuantos poetas argentinos, cuyas voces, resulta poco menos que inadmisibles no tengan o hayan tenido —más que por el rescate de unos pocos—, el nivel de difusión y conocimiento del público que se merecían y merecen; de ahí, esta publicación a más de veinte años de que aparecieran en esta serie.

No con el ánimo de comparar, pero sí el de hacer justicia, estimo que Peire, fue el Juan L. Ortiz de Rosario, aún cuando ninguna importante edición, haya dado cuenta de ello. Aún cuando, y tal vez, porque esta voz no tenía connotaciones políticas o ideológicas que pudieran dar rédito a unos u otros.

Tampoco pretendo ingresar con esta opinión a ninguna suerte de discusión, ni mucho menos, olvidar a quienes, autores de la generación de quien en esta nota me ocupo, sino de poner de

manifiesto el trabajo de un hombre que con verdadera humildad ofrendó su vida a las más puras ocupaciones, como lo fueron para él: la escuela donde ejerció como docente, los niños y la poesía.

No quiero tampoco detenerme en apreciaciones personales, porque demandaría recordar muchas cosas. Valga como simple ejemplo que, a pesar de las varias generaciones que nos separaban, tuve el honor de compartir con Peire, así como con otros hombres de la cultura como Eduardo Dughera, Juan Bernardo Iturraspe, por citar sólo dos de tantos, lecturas, charlas, escenarios, encontrando siempre en él y en ellos, el ánimo y la disposición que sólo poseen los que aprendieron a vivir, esos sabios que fueron guía de las generaciones que empezábamos, volcando en todo su accionar, una actitud hacia los demás, un candor y una bondad que les fueron propias por su condición de hombre, de anciano y de poeta.

Quiero ahora transmitir, utilizando algunos de sus poemas, esa claridad, esa voz que llamo de cristal para nombrar las cosas., mencionando, apenas a título de enumeración, los títulos de sus obras que abarcan, desde su primera publicación, un lapso de sesenta años en la poética.

De “Inquietud”, que es realmente su primer libro, hablaré al final de este trabajo.

Luego se publicaron: “Canciones de ternura”,(Talleres Gráficos Porter Hnos. Bs. As., año 1925), prologado por Félix Visillac del que transcribo el poema “Éxtasis” que dice:

“Silenciosamente,
me quedo abstraído;
tan lejos del mundo
que ya ni lo siento;
tengo la esperanza,
presa en un latido,

tengo el pensamiento,
preso de una idea,
y en el alma siento
que me balbucea
sus palabras dulces
el arrobamiento”

De este libro dijo Pedroni: “Tiene Ud. un corazón manso y profundo, tengo fe en su obra futura”; ya que José Peire presentó este libro como el primero, aunque en realidad lo fuera el antes citado “Inquietud”.

Un libro catalogable como realmente tierno, de ilusión y de lo que nuestra generación llamó búsqueda del amor.

“Cruces”, fue el siguiente título que publicara Editorial Símbolo, Rosario, 1934, de un tono completamente distinto, libro de denuncia contra el holocausto de las guerras en el que hace ver que la única gananciosa de tales matanzas es la muerte y en un trabajo, casi comparable con una oración, dice:

“El país del sol”

Por el himno vibrante de las fábricas
por el torrente y por el ruiseñor;
y por el duraznero agobiado de mieles,
—obrero silencioso del amor—
por los ojos del niño,
—gotas de transparencia,
lágrimas del candor—

por las mujeres santas
que fecundaron sus hijos;
por la palabra fácil de la flor;
por el lenguaje limpio de los astros,
Alma-Padre de almas, líbranos
de la guerra, líbranos.

A los brazos del crimen,
arráncales las manos.
A las bocas del odio,
arráncales la voz...”.

Luego apareció “El libro de cristal”, sin fecha ni pie de imprenta, que obtuvo el premio del Concurso Literario Municipal de las provincias de Cuyo en 1929, tal vez editado en 1936 que se abre con un texto que da título a la obra y en otro, titulado “La chacra”, expresa:

“Lejos de todo ruido en perpetuo reposo
la chacra es un abismo que disfraza
con árboles cupidos sus contornos...”.

en el cual, la luna, que luego se hundirá en sus “miasmas”, surgirá “con blancura ideal/ de un loto...”

En “Sombra”, habla de la condición del hombre, de sí mismo y dice:

“... Y qué es el hombre al fin,
bien poca cosa.

Apenas si merece el callado
consuelo de su sombra...”

También lo filosófico marca todo un derrotero en el poema “Nada es pequeño”:

“... Nada es pequeño, nada.
El nido es una aurora musical.

Desde una flor perfuma la Belleza.

En una gota de agua
duerme la voz del mar.

Y en prisión de un átomo
gira la Eternidad.”

En “Campana de la tarde”:
“La mano de la tarde
al paisaje regala una azucena
y la campana blanca
con badajo de oro,
vuelca su canción
de fragancia y de pureza”

En todos los poemas se advierte la metáfora simple y directa, precisa y transparente, que son constantes en la poesía de Peire. Y la belleza de sus metáforas como:

“la tarde se apresura hacia la noche:
quiere llorarle estrellas en la espalda...”

Lo sutil es sencillo. Todos logros de una inteligencia prístina y que respondían a un hombre que vivía y escribía de buena fe, eso que dice la canción que Dios nos ha dado y en tan pocas personas se encuentra.

Si no es como estoy diciendo, veamos cuando en el poema titulado: “Cuando sepas amar”, dice:

“... hecha tizón la voluntad suprema
toca tus alas y tu amor se vuelve
una lluvia impalpable de cenizas...”

¿Qué materia puede ser más suave, qué más etéreo que esa lluvia que no se puede tocar, casi intangible, como es la ceniza cayendo?, y ese mismo texto que concluye diciendo:

“... cuando sepas amar lo sabrás todo”.

También la síntesis de la mejor poesía adquiere relevancia en los poemas titulados: “Luz” y “Alba”, que dicen:

“La noche se incendia.

Quemadas las alas
caen la estrellas...”

O en “Mediodía”:
“En caldera de cristal
la hora hierve sus oros...”

Y en “Plenilunio”:

“... El árbol llueve
gotas de luna...”

“Sonetos y maderas” —Ed. Rosario S.A., 1948—, tal el título que siguió en esta obra, (sin mencionar los versos de ambiente escolar o las poesías escénicas reunidas en otros tres libros) con grabados de plásticos como Ricardo Warecki, entre otros.

En este libro, el mismo Peire, en el prólogo, deja sentada su posición en cuanto hombre, ante la poesía y el arte diciéndonos: “nuestra presencia física parece anularse hasta la incorporeidad”.

Y esa postura es la que se lee en su obra. Un deslumbramiento ante la luz que produce la naturaleza, la poesía, el amor; temas que aborda asiduamente.

Como referencias, apenas, quiero citar algunas metáforas de ese volumen. Dice en “Vigilia”

“Se hace de luz todo el cristal de la roca
De luz que en suma es sombra que se quema!...”

o hablando del atardecer:

“... Va decreciendo el pulso de un molino
y una arboleda de recuerdos arde...”

En “Un amanecer”:

“... Ya crece el alba
en oro hacia lo alto...”.

En “Homenaje a la mujer”:

“... mujer, torso de ola, árbol herido,
pozo de luna ausente, misteriosa
destejando el silencio os doy la rosa
pétalos y perfumes del sonido...”

Y como última cita metafórica de este tono, nos dice:

“La diástole y la sístole del mundo
anúdanse en el diálogo fecundo...
y es el llanto la estrella del poema...”

Volviendo a “Inquietud”, el primer libro realmente, en el texto titulado “Vida”, nos dice:

“Vida, sé tan fácil
como el arroyuelo
de huidizas aguas
que sereno canta
e ignorando el móvil
de su empresa santa
rumorosamente
fertiliza el suelo”.

En otro texto (“De mi vida”), anuncia:

“Mi misión es cantar
por eso canto...”.

canto cálido y serenísimo, como las aguas que nombra en su poesía, poesía que ha manado de este gran poeta.

Dejo al lector la hondura, la sencillez y la voz de cristal de José

E. Peire, porque pretender un análisis distinto, implicaría transgredir las luminosas fronteras de sus versos.

Agradezco por último y una vez más, a la Biblioteca Argentina Juan Álvarez, en la que se encuentra toda la obra de José E. Peire y la de tantos poetas, si no olvidados, poco frecuentados en la vorágine de lo contemporáneo.

Luis Franco

Un hombre solo, un desterrado

Siguiendo el itinerario de esta serie de artículos sobre poetas contemporáneos, he tratado de acercar al lector nombres como los de José Peire, Héctor Yánover, María del Carmen Suárez, ya aparecidos (precedentes en este libro), o los de Ramponi y otros, que los seguirán, siempre ocupándome de quienes, a pesar de su importante obra, no han llegado al “gran” público con el nivel que merecen, en razón de que sus obras no son “comerciales”, al decir de algunos editores. Esto es: “si lo que se vende es basura, vendamos basura”, contribuyendo al “asnamiento” generalizado.

En este trabajo, sigo esta serie con un gran olvidado, un poeta mayúsculo y equiparable a la mejor y mayor poesía americana y universal como es Luis Franco.

Su vastísima y diversa bibliografía, casi eximen a cualquiera de muchos comentarios.

En el género lírico por ejemplo, podemos citar los siguientes volúmenes: “La flauta de caña” (1920), “Libro del gay vivir” (1923), “Coplas del pueblo” (1926), “Nocturnos” (1932), “Suma” (1938), “Constelación” (1959), que incluye muchos trabajos de los anteriores; “Los trabajos y los días” (1928), “Pan”(1948), “El corazón de la guitarra” (1963), “Insurrección del poema”(1970) —Ediciones Chajá, Bs.As.—.

El resto de su producción, en ensayo o historia, apenas puede

enumerarse: “El General Paz y los dos caudillajes”, “Hudson a caballo”, “El otro Rosas”, “Sarmiento entre dos fuegos”, etc. etc.

En ensayos de otra especie se registran títulos tales como: “La hembra humana” (Ed.Schapiro 1974), “El arca de Noé en el Plata”, temas que maravillan en Maurice Maeterneck (Premio Nobel 1911), pero que en un autor nacional, no trasciende ciertos límites en los cuales el conocimiento no sólo científico o erudito de los estudios antropológicos o biológicos surgen prístinamente, sino, la humanidad empírica de Luis Franco que está, latente y vibrante en cada una de sus líneas.

Todo lo enunciado apenas, obligaría a multiplicidad de enfoques y análisis. Pretender con unas lecturas de esta inmensa obra, realizar un trabajo como merece, excede las posibilidades personales y del espacio que puede ocupar en un medio escrito, por eso, he de limitarme aquí a “Insurrección del poema”, cuya tapa o portada fue hecha nada menos que por Ricardo Carpani, a quien pertenece la figura del Che, en la Plaza que lleva su nombre en Rosario. Nadie mejor que Carpani pudo interpretar como este plástico lo hizo, la fuerza y la tensión que se encuentran dentro de los poemas de este libro.

“Insurrección...”, fue prologado por otro gran poeta que debiera llamar mucho más la atención de los lectores y sobremanera de los lectores que escriben en este género. Me refiero a Alberto Hidalgo, quien compara a Luis Franco, nada menos que con Whitman, Darío, Neruo, Vallejo o Neruda. Adhiero a sus palabras, Luis Franco no es menos que ellos.

Dice Alberto Hidalgo: “... él, es más extenso que su provincia, más alto que cualquier mástil, gobierna la poesía de todo el país y América me ha dado el encargo de saludarlo con los Andes abiertos”.

También me referiré a trabajos incluidos en “Suma” (Editorial Sarmiento, Catamarca 1929), que prologara nada menos que

Roberto Arlt y al libro “Constelación” (Editorial Stilcograf, Bs.As., 1959), que el mismo Franco prologara con palabras que reproduciré más adelante y tituló: Poesía y destino.

Sin embargo, Luis Franco no es leído. Tal vez porque es un francotirador de la poesía —un desterrado—, digo en el subtítulo, —un hombre solo—, enfrentado con los oficialismos de turno de todas las épocas, cualquiera fuera y enfrenado también con los opositores, crítico del capitalismo, diciendo en “El arca de Noé: “... que la víbora venenosa es inculpable. No envenena por ambición o venganza como Canidia, Lucrecia Borgia o Stalin, sino porque es su único modo de cazar...”.

Es poco leído o se ha colocado sobre su obra un enorme manto, porque Luis Franco, biólogo, antropólogo, hombre, americanista, argentino, autodidacta de todas las disciplinas del arte y de las ciencias que frecuenta, no se comprometió nunca con nada más que la verdad. Su vida y poesía es verdad pura. Luis Franco, anárquico y para mí, tutelar de la poesía libertaria de América, antagonista natural del cóctel de los best seller.

Además de Hidalgo, no faltaron otros grandes que dijeran, por ejemplo: “Este poeta Luis Franco, nació con la facilidad que un don del ala, canta como pájaro por llamamiento de la naturaleza... poeta pagano análogo a los trovadores... sus “Églogas aldeanas”, verdadero himno sagrado al trabajo de la tierra, como pocas veces se oyó, si es que alguna vez se ha oído tan noble y puro en nuestro idioma... voz de un poeta genuinamente argentino” (Firmado: Leopoldo Lugones, Diario “La Nación”, el 9/1923).

O como dijera Roberto Arlt en “Argentina Libre” (Bs.As. 1926): “... Semejante a Heracles, furioso, sortea cumbres, va en busca de negros dioses, se detiene junto a los cimientos del mundo, la enormidad de su inspiración es tan evidente que toda palabra se hace lánguida para expresar su altura... Me dicen que su autor, no sé si en La Rioja o Catamarca, en soledad virgiliana, ara, siembra y cosecha con sus propias manos un trozo de tierra y

cuece su pan. Está bien, es la hermosa bestia completa en la Edad del Maniquí”.

Y así fue Franco en su Belén catamarqueño natal; eso hacía, trabajar la tierra. La poesía de la Naturaleza, así con mayúsculas, como él la escribe, no le era algo ajeno, estaba conjugada con su vida y su obra. Qué gran destierro después su vida en Buenos Aires.

Y así otros vates o críticos, en “Verdad y poesía de Luis Franco” (Bs. As. 1941), lo nombran como el poeta sudamericano o como el poeta de la personalidad o individualista pero de ese individualismo partía hacia lo universal.

Otro de sus títulos, a riesgo de que parezca una bibliografía de Franco, son: “Walt Whitman, poesía y democracia” (Ed. Americale Bs.As. 1945), libro en el que desmenuza con amor y admiración la obra y vida del mayor poeta de todos los tiempos, su filosofía, que también es la propia de Franco.

Me atrevo a decir que Luis Franco es realmente el Whitman de esta parte del continente, pero más duro, más exaltado, terrible en su crítica como no lo hiciera nunca el yanqui.

Podríamos citar también, por qué no, otras obras: “Pequeño diccionario de la desobediencia”, “Biografía patria”, “Biografía de la guerra” y de cualquier lectura que se proponga, surgirán adjetivos duros para calificar la obra de Franco. Se puede decir que contiene una carga fiera. Que es áspera y cortante (decía Raúl Gustavo Aguirre que “... la poesía tiene que ser filosa, tiene que cortar...” y la de este autor, es así, es un filo que separa las aguas. El lector sabrá, que cuando haya frecuentado, o al menos se haya asomado a esta poesía; que la poesía no son remilgos ni florcitas y como decía Nietzsche: “sólo importa lo escrito con la propia sangre”.

En Franco se da así: visceral, profunda. Vamos ahora a los libros que antes mencioné: “Insurrección del poema”. Y, ¿por qué? Porque Luis Franco es un hombre-poeta insurrecto. Contra las calamidades que el ser argentino, americano y del mundo, viene soportando desde el más lejano pasado.

En “Revolución”, nos dice:

Porque la vida crece hacia la vida
a través de la tumba...
... porque al hombre le tiende ya la mano
un porvenir más largo que todos los recuerdos
confiando a su adultez alzar su corazón
a nivel de su frente y remontar su frente
más allá de los vuelos...”

... Si el hombre no emancipa
su frente y sus latidos
todas las ciencias y el arte entonces
devienen floripondios
para ornar sus cadenas”

O en el poema “El Che y las masas”, cuando dice:

“... Lo infinito resuella y pulsa en lo finito...
Lo efímero se mece en los brazos de lo eterno...”

El Che dialoga con sus sueños:

“Los astros atraviesan su substancia
Más, lo que importa es que él
eche su propia luz.

El hombre repatriado a sí mismo
eso es todo.

Hablo en nombre del alba
de las manos callosas en el timón del mundo
verificando que el pájaro es más chico que sus alas
la vida más hermosa que la inmortalidad
y más hermosa que la vida, la libertad...”

Dentro de esa poemática, el lenguaje es bravo, insurrecto, irre-

dento. Hay improprios, es impenitente. Las palabras: rodador, abismos, asordadas, naufragio, inminencia, fervor, expolio, blasfemia, derrota, estigma, pezuñas, insepulto, furia; son sustantivos o verbos o adjetivos que dan la impresión de una mirada sordida del mundo. Pero entre ellos, el candor y la pureza del alma de Franco, alisan el paisaje y también metáforas de una dulzura increíble pueblan sus versos.

En el extenso “Inauguración del Nahuel Huapi”, dice:

“... donde el cielo desposa
el beso de cristal y risa de las aguas
el suspiro de alma cautiva de las frondas...”

o:

“... el pájaro solfeando cielos en su garganta
no es más que una loa del silencio”

O en el poema “Inminencia”:

“... la aurora es un mero cuerpo a cuerpo
entre las noche y el día...”

... no viste desdecirse al infierno
en el cielo irisado de una lágrima...?

En “Constelación”, donde el mismo poeta prologa y dice: “... el poeta, el libertador debe liberarse primero, asumir lo más actual de su tiempo y aún anticipar desde la sombra, la claridad venidera como el canto del gallo...”

Extrayendo sólo como cita algunos versos:

“... lo más viril del hombre es la ternura...”

“... canto a la alegría, hija del día
Compañera alada...”

O en el poema “Pan”:

“La luz, más nutricia que la médula...
La mañana que viene descalza
para cruzar la creciente del rocío...”

El caracol de los volcanes
donde el oído escucha el oleaje del fuego...”

Y de “Suma”

“... Mi corazón se excede como los grandes ríos...
La vida no es mi costumbre, es mi pasión...
Te amo, luego soy”

“...Bajo la línea de flotación de la conciencia humana,
el inmenso yo arcaico, acecha aún velludo de bosque...”

“Una simple mirada que dejo caer con un prodigio sereno
como el resto de lo viviente:
la hormiga se mueve con equilibrio de astro...”

“Los poemas de mayor calado no han zarpado todavía.
Los rapsodas se han entretenido en el haz
o se han demorado en ensueños litorales
y el mundo de las significaciones vivientes
está aún sin traducirse...”

Este texto terminaba originalmente con una invitación al lector que reitero aquí, navegando por la caudalosa poesía de Luis Franco.

Nota aparecida originalmente en el Diario “La Capital” de Rosario el domingo 25 de mayo de 1986 pág. 2.

Orlando Calgaro

Poeta y no sólo juglar del paisaje

En una suerte de prólogo que Raúl Gustavo Aguirre hiciera del primer libro de Orlando Calgaro, afirmaba entre otras cosas: “Su privilegio es la esperanza...” y “... Acompañenlo, él sólo está buscando esa tierra sin miedo donde una vez aparecimos...”. Y en la contratapa de ese mismo volumen, Leónidas Lamborghini se preguntaba si era posible responder a la pregunta de Dilthey sobre si la poesía sirve para dar la vida o para comentarla, advirtiéndole que el citado, elegía lo primero y que la de Calgaro combinaba o alternaba esas dos formas. Decía también: “... en su poesía, O. C. no se exalta”, y que esa, su actitud meditativa, se imponía a toda delirancia. Toma partido por la transparencia...”.

También Isaías al prologar una antología del autor, se interroga: “... por qué, esa poesía, sin embargo, se repliega en lo mínimo. Un gorrión, unos mates, los arroyitos de su tierra natal...”.

Tal vez, ese replegarse en lo pequeño, lo sencillo, sea un hilo conductor para leer a este poeta, porque esta poesía, esta metafísica poesía es esencial. No le hizo falta nunca —tal vez por su condición de nativo del interior—, el palabrerío engolado de las “inteligencias” de ningún tipo. Su palabra poética es palabra primordial. El gesto y los gestos de su rostro, responden a los rostros de su pueblo, de su provincia a una especie de “Elogio de la lentitud” (·), tan característico de las pacíficas personas que habitan ese suelo. Muchas veces, confundidos por la charlatanería de los “autores ciudadanos”, olvidamos la frescura del árbol, del pájaro, de la palabra.

Calgaro ha sido y será siempre un juglar del paisaje, de sus ríos adolescentes e interiores, de su lenguaje escrito que era el mismo con el que hablaba, pero no sólo eso, también otro u otros que intentaré develar.

Por ejemplo no es casual que la palabra “tentativa”, o “tentativamente” fuera tan de su uso, responde a algo. Porque este hombre, escritor, poeta, abogado, profesor de derecho, militante; nunca dejó de ser el tímido hombre del interior, trajinando el paisaje de esta ciudad donde vivió.

Su caminar cansino, aún queriendo ser lo contrario, guardaba seguramente, memorias de los pasos por las calles polvorientas de su entrerriano pueblito de La Paz, tierra a la que nunca dejó de cantar.

Ya fuera en el refugio de su casa en Fisherton o en su estudio, las charlas con amigos y el mate, eran un hermoso hábito consuetudinario de fraternidad, conversaciones donde siempre estuvo presente “la tentativa nacional”, como él decía y de lo cual tuve la inmensa suerte de participar, sobremanera cuando fundamos el Ateneo Arturo Jauretche.

Más allá de las banderías políticas, le gustaron siempre, como a mí, los colores argentinos por encima de cualquier diferencia. Creo que jamás dejó de hablar de Juan Laurentino Ortiz, Juan L. como todos le decían. Tampoco de Mastronardi. Tampoco de los caudillos provinciales y de la historia argentina.

Tanto a mí y a otros integrantes del Ateneo, caso Alfredo Sánchez nos incitó a estudiar el profesorado de historia. Valoraba lo nacional y popular, pero nunca dejó de incluir a Borges, Pavese, Eluard, Char y a otros como poetas universales que contribuyeron al pensamiento del hombre, lo que pauta la cosmovisión que tenía de la humanidad y de la literatura. Un hombre ecuménico.

En su obra, se advierte porque llamarlo no solamente “cantor del

paisaje”, porque su poesía es filosa, introspectiva, intuitiva aún en lo racional, militante pero no panfletaria.

Habló del género lírico, verbigracia de esta manera:

Poesía

“La palabra no sobrepasa al hombre, lo prueba”

René Menard.

Se trata del asentimiento
de la tentativa desesperada
lúcida
por comprometerse
a favor de la más grande presencia
en la tierra:
la del hombre frente a su verdad.
La renuncia a conducir el mundo
comienza a inquietarse
cuando las sustituciones
no consuelan de nada. Entonces
nuestra tarea
(por la amistad de los poetas
sin misterios impenetrables
y con todas las pruebas rechazadas)
es este estado emparentado con la palabra
alimentándonos de su fermento
como la libertad del aire
o esas regiones del hombre
que aún le pertenecen
pese a las ópticas del hambre y tanto frío
como un amanecer que ya nos ilumina

O en el poema “Por la revolución” en el que nos dice:

No basta reaccionar pacientemente /ni tampoco conocer los
detalles/ de la pasión dominante/ indefinible de una vez por
todas./La propuesta no es la turbina/es cada hombre una

manera de vivir el mundo/ en su rareza/ ese corazón que vende diarios/ es la universalidad o el que reparte cartas/ o el que levanta edificios/ o el que abre la tierra./ No hay otro desarrollo de la historia/ y hay que sentir la alegría de abrazarlos”

También el otro tema, el de la poesía por la que más se lo conoce, el poema “Arroyo Ayui”, que dice; mejor dicho, cuyos sonidos dicen —al decir de Jakobson—:

Flexible acaso
como las gotas de la última lluvia
el sol del mediodía lo deja sin secretos.

Los tallos pequeños
inclinados levemente sin herir esta sonrisa
que se ofrece olvidada en el aire.

¿Por qué hago mención a esto? Porque en tantas y tantas horas de charla en su casa o en la mía o en cualquier lado donde se lo pudiera ver, de pronto un acontecimiento nimio, para él era trascendente y realmente esbozaba una sonrisa muda mientras miraba ese acontecer, con una mirada dulce, como ingenua, como de niño, condición que como elogio puedo decir de Orlando Calgaro: no había perdido la inocencia de su mirada. Consensuaba, aplacaba los ánimos de otros, bajaba la voz, su voz, para bajar el clima que pudiera tener alguna tensión.

La elección del título de esta nota es porque creer que uno de los ejemplos de poesía identificaba al Calgaro poeta, sería minimizarlo o pretender hacerlo. En él se conjugaban por lo menos dos elementos fundamentales que se expresan en el lenguaje poético. Uno el paisaje como referencial afectivo y búsqueda de retorno que bien podría decirse representa el regreso al principio, la infancia, la tierra natal, la inocencia antes mencionada. Y el otro, el hombre que a través de su poesía testimonia un compromiso social y político, una poesía descarnada, revolucionaria, aunque pacifista.

En el prólogo al libro *Arte y Poesía*, S. Ramos dice: "... Todo arte es en esencia poesía. Pero, ¿qué es la poesía? No es desde luego un producto de la imaginación o de la fantasía. La poesía es la Verdad". Y Calgaro se dice a sí mismo de sus seguridades y carencias, de su conciencia y compromiso por la patria y del fervor con el canta sus injusticias, tanto como las bellezas de sus paisajes pero también, con la verdad, no obstante resulte doliente o pesarosa. (El subrayado es mío).

Del libro "Los métodos", tal vez uno de sus libros menos conocidos, el poeta denuncia enfáticamente: "En esta turbulencia nos hemos mezclado /a estas centurias estamos unidos /como el método original de las traiciones al país: La asfixia./Ahora mismo estamos palideciendo asfixiados/admirando/como si todo fuera poco/ en inocente victoria/como nuestros hombres de facón envainado/y de alguna manera libres/son comprados por turbios traficantes/ y los hacen sus siervos...".

O en el poema VI. Del mismo tomo: "Confort es crimen./El esmero es cosa de camarillas/con tonos de marginados confusos/la lógica es implacable//como la línea de la naturaleza/es sinuosa./Cuando los ojos se confunden en una inmensa memoria/se adquieren divinidades/la fe en las doctrinas de la calefacción central./

Y en el VII: "... Los panes se dividieron/ la mesa de los pobres/ es un lugar saqueado/..." y en el último texto del libro, el poema X: "... amigos de la disolución y la reanudación/esta lucha tiene necesidad de nuestra muerte/sin embargo vino Tucumán/aserrín aserrán/y Córdoba vino y vino Rosario y la urgencia del país/y no estuvimos/apenas por las apariencias/copias hasta el final...".

Poesía directa en la que predomina, es obvio, el aspecto significativo del lenguaje y que a pesar de ello es intraducible a otro género, porque si lo que se dice se pudiera decir de otra manera, usando un lenguaje distinto, otra forma, otro color de palabras o sonidos, con diferente ritmo o musicalidad, ese no sería un

poema y en toda la obra de Orlando Calgaro, se advierte justamente ese aspecto, lo que dice poéticamente no podría decirse de otro modo aunque si pudiera dar la misma idea, pero privada de ritmo, de “masa de sonido” vibrátil y particular que hacen a su esencia.

Veamos por ejemplo: “... amigos de la disolución y la reanudación...” citado antes. Ese verso, sus sonidos, tabletean la conciencia del lector. Qué resonancia interna queda en el que lee u oye: “... esta lucha/ tiene necesidad de nuestra muerte...”. Más allá del acto locutorio, ¿qué dice el poeta, qué intención lo moviliza, cuál es la ilocutoriedad de su discurso poético y qué perlocutoriedad tiene para el lector, para cada lector?

Releer es descubrir otras lecturas del mismo texto. Se podrá negar el “aserrín aserrán” incluido en este trabajo, con aquel memorado de la infancia, esa intertextualidad que inevitablemente nos lleva a recordar: “Los maderos de San Juan”?, “... piden pan, no le dan, piden... y les dan hueso y les cortan el pescuezo...”.

“A la memoria de mi padre/que no supo, ni quiso, ni pudo”, es la dedicatoria que junto a las palabras de A. Hauser en las que plantea que todo intento sincero de encontrar la verdad es una lucha que tiene el hombre consigo mismo, su propia subjetividad, su parcialidad, los intereses de su persona o de su clase, inauguran el libro: “La vida en general”, del cual reproduzco versos como los contenidos en el que da nombre a la obra: “... Los que no somos dignos de ninguna confianza/somos los hijos de esas soledades/fáciles presas de las tardes /y de las traiciones/... Pero qué hacemos aquí entonces/quienes somos/. Cómo estar frente a las instituciones de la descalificación/ y del olvido./ Son días en los cuales la situación/el verdadero límite es lo cotidiano/... márgenes de olvido/el cuerpo mutuo de la tarde/donde crecen no ya los sueños/sino las cosas como son.../casi todo nos tornará revolucionarios o resentidos melancólicos.../imposible tirar por la borda tanta humillación...”.

O el poema: “Estos mates”, que concluye: ...”pero confío/con ustedes/en nuestros húmedos secretos/en la numerosísima sed de liberación/en la afilada gracia de nuestros silencio...”. Y en el poema “Mi país”, que dice: “Ah mi país, mi nuevo país/mi reciente país/ni pobre ni pequeño/mi contradictorio país/en la mirada sólo nos pesa el porvenir...”.

Pero también se apreciará en este libro suyo la conciencia que Rilke reclamó para la poesía de amor, cuando Calgaro dice: “... Debí amarte/sin duda, debí amarte/yo tan rápido, tan voluntarioso/probador del infinito destierro/y del silencio”... tal vez recordando el abandonado refugio de su tierra de infancia donde el amor fuera tan sencillo, recordando el tiempo y el lugar donde fuera él mismo.

Y por qué la cita de Rilke, la conciencia, el otro y el sí mismo de un autor, sino para acercar al lector a una poesía como esta, que no es —como ninguna poesía verdadera—, para quien huye, sino para quien se busca a sí mismo y a través suyo, quizás interpretar lo humano.

Por eso digo que Calgaro, es poeta y no sólo juglar del paisaje, aunque ese ámbito a su propio decir: “Sin estar lleno de méritos/ahora vuelvo/ a estos lugares en los que quizás habité poéticamente/...”, parafraseando y respondiendo ahora a esos versos de Hölderlin: “Pleno de méritos, pero es poéticamente como el hombre habita esta tierra”, al comenzar el texto de “Son memorias” inicio de otro de sus libros, titulado “El país de los arroyos”, en una adaptación e identificación con ese grande poeta que tenía la determinación poética de poetizar la propia esencia de la poesía...” (1)

También en esta obra, su “País de los arroyos”, convergen la poesía sutil y frágil: “... la mano del misterio/que me trajo/deseos de otras cosas/humedece interiormente/el sueño que desciende/...”, texto de una profundidad y belleza que ilumina y acrece en la lectura, y también la poesía bravía, histórica o elegíaca, como la titulada “10 de julio de 1821”, que como una

oración, reza a su Ramírez y dice: "... Ese fue el día/ a las cinco de la tarde/, en el que cayó El Supremo/para salvar a su Delfina./ Después de Coronda, maldito López,/todo se quedó en el intento./ Pero no importa, no/ la jaula con la cabeza embalsamada./ Hay mucha gente que muere de gula o de tristeza/y ciertamente no debe ser/ del todo feo morir a lo Pancho San Francisco Ramírez/donde la ausencia vuelve./Morir por amor, por patriota y federal...".

De "Poemas por América", libro compartido con otros autores (2), algunos de los últimos poemas de su autoría que fueron editados, exaltan una vez más, como si fuera poco lo anteriormente reproducido, la preocupación americanista que guiaba su pluma, su palabra escrita y su pararse en la vida que eran una misma cosa de comprensión, de valor y de vivir poéticamente, tal como pudimos saber quienes compartimos tantos años de amistad con él.

En uno de los textos de este libro dice: "Tomados de la mano" "Hemos celebrado/el congreso sudamericano del temor./Hemos visto colonias que se liberan/y metrópolis que abandonan sus colonias./ Vayamos todos contra el miedo de las semicolonias./ La esperanza es magnífica,/no nos alejemos./ En la opción por los pobres/por tantas hambres/jamás compensadas/desaprendamos a depender/. Bien lo decía el amigo Nacional: "... no es suficiente con cambiar de collar...", o este poema de un sentido épico inocultable:

América desde aquí

No merecemos esperar más que los otros
pero es legítimo recibir cual los demás.
Mientras las que se levanten no sean
sino las banderas retóricas
séame permitido aguantar la risa y la tristeza.

Desde aquí, donde la sangre me lleva y trae
pregunto qué memoria daré

al país que me dio el recuerdo.
Así, al ir hacia el cielo azul
mi intolerable demanda es querer
mi parte de Artigas y Ramírez de charrúas y minuhanes.

Y al regreso por el mismo túnel
—entre mi debilidad y los deseos—
ver por Estanislao López o don Celedonio
los calcines y timbres.

Es un mal entendimiento
en contra de la disolución
vivir apartado de las rudas criaturas.

Quiero entonces, para abogar en la oscuridad
la mitad de la biblioteca grosamente robada.

Quiero en el cuerpo mutuo de los hermanos dispersos
mi cuota de barbarie.”

Aparte de los libros de poesía de los que extraje los poemas reproducidos: Punto de partida, Los métodos, Además el río, La vida en general, El país de los arroyos.

Muchos de sus poemas fueron incluidos en importantes antologías como la de Ediciones Fausto (Poesía Argentina Contemporánea), Poesía viva de Rosario (Ed. Instituto de Estudios Nacionales), entre otros. Participó de libros colectivos, tal el caso de Poemas por el hombre (Ediciones Juglaría), Poemas de homenaje a Juan L Ortiz, entre otros. Fundó y dirigió la revista y Editorial La Ventana y en el género ensayo escribió La constitución Nacional de 1949, FORJA, cuarenta años después.

Editó con traducciones de Rodolfo Alonso y otros a grandes poetas como Montale, Quasimodo, Campana, Ungaretti, Murilo Méndez como así, a Willy Harvey, Hugo Diz y a poetas jóvenes que si no hubiera sido por él, tal vez, aun hoy permanecerían inéditos.

Saludar sólo la poesía de Orlando Calgaro, ahora que su presencia física no está con nosotros, es apenas un camino inicial para un poeta de su talla.

Interpretando al lector, en el interés por su obra, simplemente dejarlo con poemas inéditos hasta la presente nota, originalmente publicada en el Diario La Capital de Rosario; textos en los que cada lector sentirá el goce de la palabra y su significado:

El terciopelo de las caricias

No me canso de tus misterios
ni del entendimiento de lo inesperado.
Bajo el prodigio común
voy hacia la tarde que me completa.

Muchacha

Lista para salvar al mundo
literalmente hermosa
subió a su bicicleta.
En los ademanes
un fusil descargado.

Las lugareñas y el amor

En la fértil ciudad,
la posesión, la cifra
de un dominio.
Lejos de las emboscadas
rehenes de los pájaros fuertes
la comida italiana
el cálculo puntual el vuelo bajo.
Según las condiciones de la época
nadie se sentirá excluido ni colmado
y la esperanza no podrá ser prohibida.

Esta buena señora
–empeñados de corazón – tocada
por los soles del mundo guarda
estratagemas en su memoria
relatos de viajes, amores, su quieta adolescencia.

En nuestro día de brujas y de secretos
cual anchurosa agua sin ruido
bajo un cielo perfecto
llega cargada de complicidades y sonrío
mientras murmura que la vida
y algunas veces el orden legítimo
es inhumano.

- (1) Arte y poética de Martín Heidegger, México Breviarios del F.C.E. n° 229 al hablar de Hölderlin.
- (2) Poemas por América, con textos de Orlando Calgaro, Reynaldo Uribe, G. Ibáñez, R. Sietecase, Marcela Armengod y Victoria Lovell. (Ediciones Juglaría, Rosario).

Nota aparecida originalmente en el Diario La Capital de Rosario, el 21 de diciembre de 1986 Sección 3ra. de Arte-Ciencia-Letras-Crítica-Bibliografía.

Guillermo Harvey

“¿Por qué la noche atroz del ciego, el mago, el loco? ¿Dónde lo salvaje, el fecundar del odio, este tatuar cicatrices como lentas moradas? ¿Qué inquietud o servidumbre lleva al hombre a detestar lo que ama, y corregir, presuroso, las fronteras que destruye?...”.

La intención de esta serie de notas sobre poesía argentina contemporánea, aparecidas en este mismo diario, fue en su momento dedicarla a poetas vivos cuya obra debía ser conocida por su calidad y ocupar el lugar correspondiente al lado de los títulos más relevantes.

La inexorabilidad del tiempo ha hecho que varios de los autores cuya obra y cuyos nombres merecieran lo apuntado ya no estén, permaneciendo sólo el legado de su trabajo; tal el caso de Guillermo Harvey, más conocido por su alias de “Willy”, como él mismo firmaba; lo cual hace ampliar el horizonte previsto, estimando que sus poesías, al cabo de cinco años transcurridos desde su fallecimiento, constituyen un patrimonio para la poética de la ciudad y seguirá teniendo el interés que despertara en su momento, tanto es así que grupos de jóvenes que trabajan en revistas literarias, inclusive de Buenos Aires, ciudad en la que también vivió nuestro autor, se ocupan e investigan su lírica, redescubriéndola para su regocijo y para el seguro sentimiento de placer que el “alma” del poeta sentiría, ya que muchos de esos textos, fueron dirigidos a jóvenes que conoció.

Fueron creados cuando el autor descubrió el afán de comunicar-

se como acto de amor, transmitiendo su experiencia de vida y su bagaje de lectura en el más antiguo modo de comunicar que tiene el humano, en su más elevado lenguaje, el de la poesía.

En su caso, transmite la interrogación, motivo esencial de su obra, que supo contagiar a quienes lo conocimos, “ese inquirir”, como decía, en todas las cosas y en el todo, porque “cada cosa da noticia del todo”.

Si bien desde la diversidad de ángulos en que puede verse una vida, todo se relativiza, hasta el punto de hacer desvanecer los márgenes, Harvey apuntaba, a través de su constante interrogación, a tal vez uno de los aspectos más difíciles de la vida de un poeta, esto es, a conjugar en uno solo, en sí mismo, al hombre y al poeta; este último sin mácula materialista, luchando denodadamente contra el hombre real, que debe padecer como carga su integración social, toda vez que, se es poeta en la gravosa condición de consciente, libérrima voz testimonial y con todas las cargas que conlleva su función social, es un escindido de la sociedad; y no por pretenderlo, sino, como visor de eso ínfimo no visto o no dicho que llama la atención del ser sensible o voz que despierta, se convierte en un ser distinto; se ha bajado de la rueda de la fortuna, su fin es un poema que lo exprese, quizás ningún otro en la vida.

En tal medida extrema, y desde esta perspectiva, se planteó su vida el Harvey que conocí. Esa unión del poeta y del hombre como una inevitable sola cosa, pero, atención, también como una víctima uno del otro y como victimario, porque vivió como un poeta romántico y hasta maldito.

Hizo cierta de ese modo las palabras de Enrique Pezzoni: “Revalorar las trasgresiones, es decir, comprobar si siguen siéndolo, es la misión del intelectual y el escritor...” (1) Harvey despreció lo fácilmente obtenible, transgredió los límites de todo lo que pudo, hasta de sí mismo, lo que no invalida para nada su obra pero demuestra, en parte, esa escisión apuntada.

Vivió sufriente, testimoniando ese dolor, el riesgo que implicaba vivir, y así lo dijo en quizá uno de sus momentos más importantes, cuando eligió el título de su primer libro a publicar: *El riesgo de lo vivo*. (2)

El cómo y el por qué “golpea” su poesía, tiene una explicación esencial que exime de traer explicaciones o citas de autores; “golpea” porque su poesía dice lo que quisiéramos decir cada uno de quienes la leemos. Su poesía ya está con nosotros antes de su lectura y sus versos vienen sólo y nada menos que a despertarla dentro de nosotros.

Más aún a quienes, alguna vez se la escuchamos decir a él mismo, porque sabemos el clima que muy pocos autores logran en un auditorio. Él sabía interpretar e interpretarse a sí mismo, estremecía con sus palabras el silencio. Lograba hacer recorrer sus caminos al escucha. Las manos de Harvey pronunciaban también los versos. Revivía al leer la pasión de su escritura. Cargaba la palabra con lo gestual. Buscaba la ansiedad con el silencio. Escribía y decía sus poesías con sus manos, sus ojos, su entrecejo. Con su flaca mandíbula, que dejaba colgada aspirando un nuevo aliento. Escribía y leía con sus vísceras, con todo su ser; aunque para darla a conocer la rumiaba durante años por su cerebro de gran lector, de lapidario autocrítico, “flemático inglés”, como a veces bromeaba decir de sí.

Pero quedo en dos expresiones: romántico y maldito.

No es un secreto que Miller, Faulkner, Fitzgerald, Hemingway, fueron santos de la devoción de Harvey y, como el último nombrado, fue un extraordinario escéptico, un suicida, y como algunos de ellos o como Thomas Wolfe, lo que hacían sólo podía responder a una obsesión que nadie más que ellos podrían develar y es; si inquirían e indagaban para conocerse a sí mismos o para huir de sí, atendiéndonos a sus vidas y las formas de sus vidas y muertes, haciendo estos nombres porque Harvey fue un ávido lector de la que Gertrude Stein llamó la “generación perdida” norteamericana.

Tampoco se deben omitir los nombres de Baudelaire con sus “paraísos artificiales”, a los que también Harvey, si no frecuentó, al menos conoció y describió en varios de sus trabajos y bajo cuyo influjo creó algunos de sus poemas; o Antonin Artaud, ese gran maldito que sucumbió a la locura pero que casi hasta el fin fue consciente del riesgo que las experiencias a las que sometió su cuerpo y su mente le deparaban. Poe, Hölderling, Blake y los demás surrealistas franceses que tradujo Aldo Pellegrini, en su notable Antología de la Poesía Surrealista, de Fabril Editora, tampoco le fueron ajenos; y entre los argentinos, esos dos gigantes: Jorge Ramponi y Olga Orozco fueron parte de sus lecturas, que como vemos se adscribe a una línea muy definida de la lírica.

Ahora bien, se ha señalado, y tal vez sea un signo atrapante de la poesía de este autor, la característica de no mostrar esperanza, de ser oscura o hermética. Sin embargo, su poética expone alternativas como las contenidas en su poema “Propuesta”, aparecido en el Diario La Capital el 24-7-77 o en el texto que se transcribe a continuación:

Historia

Desde Abel a Caín, o la lucha de las primeras tribus nómades, desde la quietud en el gesto de una reina en Sumer, enterrada con su séquito, su perfume y sus joyas hasta el Apocalipsis doméstico de Hiroshima:

¿por qué la noche atroz del ciego, el mago, el loco?

¿dónde lo salvaje, el fecundar del odio, ese tatuar cicatrices como lentas moradas?

¿qué inquietud o servidumbre lleva al hombre a detestar lo que ama, y corregir, presuroso, las fronteras que destruye?

(Incluido en su libro “El riesgo de lo vivo” pág. 12)

La intuición de Harvey como modo de conocimiento, fue planteada profunda y profusamente por autores que leía en forma constante, accediendo de esa manera a instancias que son propias al ser y a las que no se arriba mediante el conocimiento racional,

sino por estratos “supranacionales”, como bien explica Fernando Boasso en su trabajo *Símbolo y mito* (3).

Para lo dicho en el párrafo precedente, nada mejor que su poema “Desacuerdo ritual”, que dice:

“Porque el hombre, germen de lo irracional, de lo hiriente (si lo hay), no espera en calma; sino que devuelve clamor por desvarío, fórmula por cifra, retorcimiento de luces inesperadas entre atmósferas de tedio, gestos de disolución por raíces absortas; un inquirir constante entre vientres que revientan razones de sangres que son signos”.

Como dijera Borges en *La literatura*: “... enamorarse de su propia disolución y cortejar su propio fin”. Y esto hacía Harvey al vivir y al escribir. El lenguaje que utiliza en toda su obra, amén de la metáfora precisa, es, como antes dije; visceral y desesperanzado. Tal vez, apenas interroga sobre las alternativas que el albedrío le otorga al hombre para sus opciones o elecciones y, aunque recurrentemente habla de “goce”, el goce es el que se diluye, lo efímero.

Habla de “lucidez”, pero atormentada. De “tactos”, que buscan al otro, no de su encuentro. Habla de “conciencia”, pero en lucha para no morir. De “la palabra”, pero, de “una palabra oscura como la sangre”.

De “laberintos, lo salvaje, los rictus, la intemperie, la madurez, los sollozos, el espanto. El asombro, lo desconocido, ritmos, impulsos”, de lo humano, siempre y fundamentalmente de lo humano, pero aquí también, de la fatídico o tanático de lo humano.

Tal vez, cuando asciende sobre la condición del hombre y planea universos, encuentra luz, tal el caso del poema “Vertiente”,

Harvey, quien como Felipe Aldana, perteneció a una generación de poetas que, si no con sus obras publicadas en vida (que en ambos casos fue muy limitada), con sus gestos poéticos y sus actitudes, grabaron a fuego la cuasi insulsa vida literaria de la

ciudad en su tiempo, porque no aceptaron y rechazaron, como dice Pezzoni: “el aplauso a la transgresión que hace de la ruptura un simulacro”.

Es válido acotar, por fin y como pretendida síntesis, que la poesía de Harvey no sólo nombra. Nada sólo existe y se lo miente. Todo tiene un ser. Un todo o una partícula del Todo. Un tiempo y una intención ontológica. La palabra y lo nombrado, adquieren vida, estatura, acción y dimensión.

Aparte de “El riesgo de lo vivo”, la obra de nuestro autor, se encuentra en gran parte inédita y otras dispersa entre antologías (4) y (5), cuadernillos de poemas, como el titulado “Obsesiones”, significativo por cierto hasta por su título, sin considerar el contenido (edición de 200 ejemplares), textos y notas aparecidas en el mismo suplemento del Diario La Capital —que siempre le dio acogida—, prosa y poesía en las Revistas Arci, Pausa, Espiga y fundamentalmente la trascendente a nivel nacional Revista de Literatura y Arte Runa —fines de los 60’ y principios de los 70’— que sucumbió económicamente al estallar una bomba en la imprenta Sarmiento de Calle Entre Ríos entre 3 de Febrero y 9 de Julio de la ciudad de Rosario, donde se imprimía y quedó bajo los escombros, salvo un par de ejemplares que se conservan.

“Imágenes de asedio”, es el libro de Harvey, que prologara el también fallecido poeta Héctor R. Paruzzo y su legado, que publicó la Asociación Poesía de Rosario en 2011 (6).

(1) E. Pezzoni “El texto y sus voces”. Ed. Sudamericana, Bs. As. 1986.

(2) “El riesgo de lo vivo” Ediciones La Ventana, Rosario, 1976.

(3) Fernando Boasso “Hermenéutica y literatura”

(4) “15poetas” Editorial Runa 1971, Rosario.

(5) “Poesía viva de Rosario” Ediciones Centro de Estudios Nacionales, Rosario 1976.

(6) Colección Poetas de Rosario, Ediciones Poesía de Rosario 2011.

Reynaldo Sietecase

“Nueva poesía en libertad”, sobre el libro “Y las cárceles vuelan”

Al referirme al anterior libro de este poeta, esto es, a “La dictadura del pan” 1984 (1), dije entre otras cosas, que la sola elección de los epígrafes eran claves para su lectura (Marechal, León Felipe, José Martí) y el de Robin Wood de “El cosaco”: “... Si dejas de pelear por tus muertos, dejarás de pelear después por tus vivos...”, anuncié que estaba ante un poeta de garra, hasta entonces, para mí, un joven poeta desconocido, excepto por notas y poemas pintados en las paredes —tal vez el poeta manco?, que no era uno, ni dos, ni sé cuántos eran quienes escribían poemas en las paredes—.

Hoy me encuentro ante otro libro de su autoría y tal como me ocurrió con el anterior, encuentro esa fuerza vital que emana de las palabras, cuando han sido sentidas, vividas y después transcritas a letra de poesía. Entonces uno se elige lector del libro.

“Y las cárceles vuelan”, también nos presenta epígrafes ineludibles que marcan pautas: “Y el cielo vuela y las cárceles vuelan”, decía Miguel Hernández, que, junto con otros como el de Carlos Drummond de Andrade; “El tiempo es mi materia,/ el tiempo presente,/ los hombres presentes,/ la vida presente/...”; junto con: “Más temprano que tarde se abrirán las grandes alamedas...” de Salvador Allende, inician el capítulo primero, justamente titulado El tiempo presente, luego de prólogo hueco que como texto de poema suscribe el propio Sietecase y dice:

Una explosión
el poema
que cae del estómago
a la boca
prólogo hueco
será
debida vida
sin las llamas
del verbo
retórica vana
descanción
sólo palabra
mosca en las axilas
llantos de comediante
mala siesta
al cuerno con los brujos
que la poesía, compañeros
todo lo cambie.

Mallarme tal vez se esconde detrás de la distribución de las palabras de este poema inicial. Y ya empieza con dos poemas fuertes que lo caracterizan. El primero empieza:

“Quiero que todos sepan que soy un poeta comprometido/ y luminoso/.Hoy voy a hablar de la Dictadura/ como nadie lo ha hecho/ hasta ahora.../ Porque antes era fácil hablar/ recostados en el tibio bastón de la ira/ o sostenidos por los tremendos andamios de la amargura...”

O en el titulado “Los críticos”, en el que ironiza sobre escribir políticamente y hasta los ojos de su interlocutor se sonríen, “políticamente, claro”.

Inmediatamente aparecen la seriedad, la ternura y la gran esperanza del hombre en la mujer como liberadora de América a través de los hijos del futuro y nos dice:

“Amo a la mujer, no caben dudas.
Su gesto de inocencia permanente
y la tibia redondez que habita su cintura.

Amo a la mujer que me precede
y su origen oscuro
que acentúa
mi búsqueda inconsciente
de la esperma.

Amo a la mujer,
que quede claro
el ritmo inteligente de sus dudas
y esa forma de llevar su contextura...

Amo a Victoria Brill,
poeta y guerrillera
y a las burguesas
que no conocen su nombre
de bandera...

Amo a la mujer
que al sur del cielo
espera y avanza
indetenible.

Amo a la mujer
en la certeza
de que la libertad en este continente
estallará en el simple
girar de su pollera”.

El capítulo 2 titulado: “Al descubierto”, con la misma fuerza demostrada en otros temas, dedica a la mujer, su compañera, a quien dice de las formas que la ama:

“... con la claridad que sólo poseen los cuerpos que frotran
entrepiernas en medio de la noche..”

De “Bocarriba”, tercer capítulo, se destaca especialmente el
poema que dice:

La veo cantar,
le palpo la voz
los colores inciertos
que danzan por el aire
al viento fugaz

que emergen
de su esófago
lo bebo a bocanadas
tremendas y calientes

La veo cantar
y embriagado camino
árboles y cornisas
prometo heroicidades...

La veo cantar,
me desmesuro...

La veo cantar
jamás la escucho.

Transforma luego, aquel tan mentado para cuatro generaciones
poema de G. A. Bécquer: “Volverán las oscuras golondrinas...”
en un bequertango, género musical al que el poeta parece afecto,
advirtiendo que muchas de sus experiencias volverán repetidas
para que otros las vivan, menos: “... esa tarde de amor allá en
Ludueña...”, contenido en este tramo de la obra, tal vez uno de
sus más logrados trabajos: “Táctica y estrategia del abrazo” y
”Explicación” que invito al lector recurrir al libro.

El capítulo 4to., contiene poemas de viaje a otro país o a otro sueño y se titula “El sueño no puede parar”, como no puede el autor, ser andariego, geográfico o de ensueños.

Los platos fuertes, el Cap. 5 “Contraolvido al resto”, a las Madres de Plaza de Mayo preludiados por epígrafes de R. Walsh y J. Gelman, que comienza con un texto, cuyo título extrae a su vez, de un poema del desaparecido Roberto Santoro, el titulado “22 de mayo de 1986”, el primero como historia de había una vez y el segundo como poema epistolar, así como en “Consejos inútiles para amenazados”, donde se encuentra el poeta y el hombre que se llama a sí mismo:

(2) ”... improvisado poeta / amigo del amigo.../ no marcaron mi piel.../no lloro en los bares... aunque lloro.../ sobreviviente afortunado del espanto/ no me mataron/ ni cometí suicidio/ ni fui convidado / a beber el amargo/ vino del exilio./ Pero es necesario que sepan/ que no olvido/ muertos, suicidas y exiliados/ me lo impiden.”;

rumbo en el que Reynaldo Sietecase no sólo no es un improvisado poeta, sino que adquiere su mayor dimensión humana, condición sine qua non, para la palabra autorizada de poeta para poder decir que escribe poesía con lo más íntimo de su ser.

En “Maneras de sobremorir” —Cap. 6—, aparece el extenso poema “Los nuevos contenidos”, precedido por el epígrafe tal vez escrito por él mismo en un muro de la ciudad de Rosario: “Acabar con la terrorización de la muerte y la soledad, es tarea revolucionaria”, dando con esto una pauta suficiente de que el amor y la esperanza son realmente trabajos revolucionarios, en oposición a toda pena, que justificada o no, es retardataria.

“Palabras que son actos, que son flores, que son frutos”, decía Octavio Paz y que daba lugar a la pregunta de Kenneth Burke: “¿Qué intentaba hacer para sí mismo el poeta al escribir precisamente este poema...?”. La respuesta a cada interrogante, surgirá

de cada lector que realice su lectura personal de estos poemas, sintiéndolos resonar dentro de sí según las cuerdas íntimas que pulsen en su interior, hasta más allá del mismo texto, que sólo será un medio para intentar su propia aventura, su profunda experiencia de conocerse a sí mismo a través del poema y de ahí, aquello que como un mandamiento, Emerson pontificaba: “Insiste en ti mismo. Nunca imites”.

E interpretando la teoría emersionana, Harold Bloom (3), traduce —de lo que su citado menciona—, “... el alma sólo conoce el alma...”, coligiéndose que: “el lector sólido y el poeta sólido, sólo conocen la lectura sólida que es un acto de relación, un concepto de suceder y no de ser”.

¿Y por qué de todas estas alusiones y citas? Porque la poesía de Reynaldo Sietecase, con todas la influencias que no desconoce de un Gelman, Paz y tal vez también de André Bretón en su poema “Amor libre” u otros autores que frecuente, se reconoce en ellos tanto como se reconoce en quienes no olvida, esos “muertos, suicidas y exiliados”, que se lo impiden, porque, fundamentalmente nuestro autor tiene ese sentido de la tradición que tanto valorara Elliot en aquel ensayo: “La tradición y el talento individual”, en el que, entre otros conceptos aún vigentes, dice: “... el sentido de lo histórico, que pudiéramos considerar casi indispensable para quien desee ser poeta después de los veinticinco años, y ese sentido de lo histórico no sólo significa una percepción de lo pasado, del pasado, sino de su presencia; el sentido de lo histórico, obliga al hombre a no escribir meramente con su generación metida en la sangre (y ahí está Sietecase diciendo que aunque no padeció cierta temporalidad, no por eso la olvida ni deja de asumir), sino con la sensación de que la totalidad de la literatura de su país, tiene existencia simultánea y crea un orden simultáneo...”.

Sobre ese carácter de simultaneidad, también nuestro autor, sea él conciente o no, hace reverberar tal aspecto cuando, anulando la temporalidad, el hoy; años de menor oscuridad que el o los

referidos en su primer texto, asume estar comprometido sin la facilidad de hablar: "... recostado en el tibio bastón de la ira/ o sostenidos por los tremendos andamios de la amargura/...", porque es hoy sí, el tiempo de conformar la historicidad con el presente y con el pasado, que pierde su condición de tal, al plasmarse en poesía de pleno rigor testimonial y atemporal, tal como tiene aún hoy vigencia, la guerra de Troya o cualquier hecho histórico que no por pasado, ocurre al olvido. Ahí hay una función de la poesía.

Por último, digo con H. Bloom que "la crítica no es una ciencia, es como una usurpación de lo que un poema le dice a una persona que lo interpreta o reinterpreta y de ese modo lo transmite".

Poesía directa, crítica veraz en su prólogo cuando ajusticia que: "... sin las llamas/ del verbo...", la poesía es retórica vana.

Lenguaje entendible y propuesta: "Que la poesía compañeros/ todo lo cambie".

- (1) "La dictadura del pan", de R. Sietecase, Ed. Graf Americana, 1984 (Poemas de 1979 a 1984), Rosario.
- (2) Poema ya publicado, contenido en "Poemas por América" Ediciones Juglaría, 1985, Rosario.
- (3) "Los vasos rotos" de Harold Bloom. F.C.E. México.

Nota aparecida en el Diario "La Capital", de Rosario, del 23 de agosto de 1987, pág. 35.

Octavio Paz

Nota titulada: “A propósito de Octavio Paz”

Nuevamente, el hecho del otorgamiento de un premio como es el Nobel, conmueve (y ojala así sea), a muchos lectores.

Y claro, de pronto se preguntan: “¿Quién es Octavio Paz?”... ¿Qué escribió?...

No salen de su asombro cuando advierten que se les pasó un autor con una pila de obras, notas y sobre quien han escrito no pocos críticos.

Enumerar la totalidad de su importante bibliografía, no sólo poética, sino ensayística, demandaría varias columnas íntegras. Valga citar algunas: “A la orilla del mundo” (1942), libro juvenil que no aparece generalmente entre sus datos; “Claude Levy Strauss o el nuevo festín de Esopo” (1967), “Antología de la poesía mexicana” (Londres, 1958), “Corriente alterna”, “El arco y la lira”, “El laberinto de la soledad”, las tres obras más difundidas por el Fondo de Cultura Económica de su país; “Salamandra”, “Las peras del olmo”, “Ladera este”, como así libros de ensayo dedicados por ejemplo a “Marcel Duchamp o “El castillo de la pureza”, “Andrè Bretón o la búsqueda del comienzo”, o “Tamayo en la pintura mejicana”, entre muchos otros. También el ensayo sobre Cernuda en “Cuadrivio”, titulado: “La palabra edificante”, maguer de infinidad de estudios, notas, antologías, etcétera, que desde hace más de cuarenta años Octavio Paz aporta a la literatura, sobremanera a la americana, como el mismo trata de explicar.

Así, una obra profunda, una poética tan completa, una metafísica de lo americano que tantas veces es ignorada, deja de pasar desapercibida gracias a un premio como el obtenido por el poeta.

Al lector, apabullado por la realidad cotidiana y el metódico bombardeo del consumismo, la publicidad, los actos de gobierno que insultan la dignidad de la condición humana, los discursos falaces y toda esa perversa manera que tiene nuestra realidad de avasallarnos, que nos impide sentarnos a pensar manteniéndonos en vilo (una casi angustia perpetua) y que algún día alguien estudiará, cuando se sientan las consecuencias y se hable del presente como historia, se le oculta la buena lectura de un Octavio Paz que desde su poética nos dice y repite hasta el hartazgo que: “nos detengamos y veamos y vivamos el presente”, que es el único tiempo que nos pertenece, tal como tituló el Diario “La Nación”, el 16/12/90 el discurso del poeta, al recibir de manos del rey de Suecia, el Nobel de Literatura, esto es: “La búsqueda del presente, preocupación que no es nueva ni mucho menos en nuestro autor, sino que ha sido uno de los ejes de su temática, de su estética y también de su ética humana”.

En ocasión del premio dijo: “Perseguimos a la modernidad en sus incesantes metamorfosis y nunca logramos asirla... Entonces las puertas de la percepción se entreabren y aparece el otro tiempo, el verdadero, el que buscábamos sin saberlo: el presente, la presencia.

De este mismo acto y ante la majestad sueca transcribo sentencias en las que hay que detenerse ahora, hoy, en el presente, para meditar. Diría <iluminaciones> al decir de Rimbaud, ya que O. Paz, utilizó las “puertas” de A. Huxley, y que hacen a la cosmovisión del autor: “... La modernidad no es una escuela poética, sino un linaje... Ser una tradición y no una doctrina, le ha permitido simultáneamente permanecer y cambiar. También le ha dado diversidad: cada aventura poética es distinta y cada poeta ha plantado un árbol diferente en este prodigioso bosque parlante...”.

“Y si no es así?”, agregó, “¿qué pasa actualmente con las doctrinas políticas o religiosas sin “aggiornamento”, para sólo citar dos ejemplos?”

También en la ocasión dijo Octavio Paz: “Supe así que el poeta es un latido en el río de las generaciones”.

Refiriéndose a un tema sociológico y humanista: “El determinismo histórico ha sido una costosa y sangrienta fantasía. La historia es imprevisible porque su agente, el hombre, es la indeterminación en persona...”.

Yendo a la interrogación antes planteada, dice: “Por primera vez en la historia, los hombres viven en una suerte de intemperie espiritual y no como antes, a la sombra de sistemas religiosos o políticos que, simultáneamente nos oprimían y nos consolaban”.

En lo concerniente al tiempo buscado: “Desde hace mucho creo y lo creo firmemente que el ocaso del futuro anuncia el advenimiento del hoy. Pensar el hoy, significa, ante todo, recobrar la mirada crítica...” y “... el árbol del placer no crece en el pasado o en el futuro, sino en el ahora mismo. Así como hemos tenido filosofías del pasado y del futuro, de la eternidad y de la nada, mañana tendremos una filosofía del presente”.

Rachel Phillips, en su obra “Las estaciones poéticas de Octavio Paz” (1), en un severo análisis que abarca el modo mítico mejicano en sí, comparado con lo mítico de la India; el modo surrealista, entre otros muchos temas, brinda un panorama elocuente de las temáticas de O. Paz: el énfasis de la palabra, el tratamiento de la imagen y la figura del doble (el otro de J.L.Borges) y de tantos investigadores, esencial para la exploración de la spiqué, desgranando el por qué Paz escribió al modo surrealista sin ser surrealista, ya que no comulgaba —a pesar de la cercanía con André Bretón u otros del mismo grupo—, con lo que fuera más allá de la palabra. La palabra como herramienta para expresar el lado subconsciente del espíritu.

Para una nota de difusión y aproximación como esta, estimo prudente que el lector busque a Octavio Paz, sin extenderme en más comentarios, sólo un párrafo por el otorgamiento del premio y sus posibles por qué.

¿Qué significado tiene el otorgamiento del premio Nobel a O. Paz? Y responderse: ¿será tal vez que representa la filosofía del ahora, en toda la profundidad y extensión de la expresión? ¿Será que el Ecumenismo del autor al registrar en su obra; a la historia, mitos y artes de Oriente y América, comparando sus literaturas, filosofías, poesías tratando cantidad y diversidad de autores sin otra distinción más que la objetiva? Representa un hito en la historia de la humanidad?

Sin duda, también por su poética. Veamos:

“Un jardín no es un lugar:
Es un tránsito una pasión
No sabemos hacia dónde vamos,
Transcurrir es suficiente.
Transcurrir es quedarse.”

O estos otros versos:

“El jardín se ha quedado atrás.
Atrás o adelante.
No hay más jardines
que los que llevamos adentro”

Y estos otros:

“Se abisma.
El jardín es una identidad
Sin nombre
Ni sustancia.

Los signos se borran:
Yo miro la claridad”

(Textos del libro “Ladera Este”)

Casi sentencias, decía antes: “En poesía, la técnica se llama moral: no es una manipulación sino una pasión, un ascetismo”.

Jorge Enrique Ramponi

Ese desconocido

Pareciera que hasta algunos lectores que no se pueden llamar a sí mismos desprevenidos han caído en la atroz falacia de que un poeta, por desconocido, merece seguir siendo ignorado y, a la inversa, un premiado, debe necesariamente ser leído. Si esto no se puede perdonar al lector común, menos aún al que pretenda (en el género lírico) hablar y conocer sobre poesía argentina contemporánea.

Como lector avisado, debo asumir la responsabilidad de transmitir conciencia de lo que considero parte ineludible de la poética argentina, a riesgo de caer, víctima también de la publicidad, en el ocultamiento de los poetas que han sido tratados en las páginas de este libro (Franco, Yánover, Suárez, Harvey, Peire, entre otros).

Y por qué siempre un preámbulo para cada uno de estos trabajos; porque hablar sobre los poetas argentinos contemporáneos, sin desmerecer a los grandes autores universales, de quienes también hablamos (un Octavio Paz, Walt Whitman, Reyes, etcétera), es parte del mantener conciencia de uno mismo como trabajador de la cultura, la argentinidad y sus importantes cultores.

Encaro a Ramponi, a quien frecuento desde hace años, porque recurrentemente arribo a sus libros, especialmente Piedra Infinita (Ediciones Botella al Mar, o sea Copyright by Jorge Enrique Ramponi, edición del autor, entiéndase bien); Los lími-

tes y el caos (Ed. Losada, 1972), y reitero mi asombro por esa gran obra silenciosa que está ahí, nutriendo con su savia la tierra de la poesía argentina.

Como contraste, el olvido, el desconocimiento. Me dirijo a quien lee poesía argentina. Les digo: Ramponi es, a mi criterio, nada menos que el sucesor natural de Pedro Bonifacio Palacios, Almafuerte, uno de los máximos exponentes de la poesía fuerte argentina. Fuerte porque es una poética escrita en el exilio de la soledad, en su propio país y provincia natal (Mendoza); porque está escrita con su sangre, ya que revela lo hondo de nuestra tierra y no se anda con florcitas para agradar a nadie; porque sustantiva la naturaleza de su paisaje.

Tal es el desconocimiento de este autor, que cuando se edita *Los límites y el caos* ni siquiera se recuerdan sus obras: *Preludios líricos* (1927); *Colores del júbilo* (1927-1930); *Pulso del clima* (1932) —Premio Municipal de Mendoza—; *Corazón terrestre*, *maroma de tránsito y espuma*, y menos aún los que creo que aún hoy inéditos: *Flauta corsaria* y *Girasol del tiempo*. Tal lo ignaro de sus coterráneos que solicitado material de su autoría, la SADE de Mendoza dice carecer de material alguno.

Tal mi desasosiego, cuando buscando en “librerías”, me preguntan si Ramponi es argentino o italiano, geómetra o astrónomo. Y entrecomillé librerías, porque hoy día, salvo excepciones que no conozco, pero ruego existan, decir esa palabra es no decir lo que significaba cuando se decía, y aquí rindo homenaje a un personaje de Rosario que vendía libros y se llamó Arnaldo Ross (Ross-Librero).

A quienes nos cupo el gusto de conocerlo, sabíamos que recurrir a él personalmente, implicaba que apenas se le nombraba el autor o el libro, nos guiaba hasta el anaquel preciso y en el trayecto enumeraba otras obras del mismo autor y hasta daba la impresión que las había leído a todas.

Digresión aparte, sólo la gran Biblioteca Argentina “Juan Álva-

rez” de nuestra ciudad me facilita algún material y la familia del poeta José Peire me remite cartas y testimonios de Ramponi del año 1935 y un libro compartido por él y otros mendocinos. Alguien me pregunta quién es ese desconocido. De ese desconocido, nada menos que Jules Supervielle dijo en el prólogo a Piedra Infinita: “una gran poesía verdaderamente digna de nuestro continente, de su geología como de sus aspiraciones más secretas... de una maestría y una fuerza que nos admirarían en cualquier literatura del mundo...” , y así ocurre con nosotros los argentinos, vemos de los límites para afuera y nos maravillamos.

Como creador, me inclino naturalmente por esta concepción, aunque no desdeño la antagonica que tiene sus propios sentidos.

Al comentar Los fulgores del simulacro de N. Rosa, valoricé tal opción desde la óptica dialéctica del crítico y no del creador, porque no pretendo exhibir una poesía embalsamada en una crítica, menos a un poeta del fuste de Ramponi. Busco simplemente un trabajo de difusión que devendrá, con suerte, en conocimiento por parte de más lectores y siguiendo esa vía y aplicando aquello de “conocer es amar”, pretendo que otros, como el que suscribe, amen a un autor.

Quienes conocieron a Ramponi como persona no lo amaron precisamente; pero como me refiero al poeta —obra, al poeta— testimonio; no abonaré lo doméstico o cotidiano del poeta, padecedor de similares cuestiones que nos atañen a todos, pero que pertenecen a la contingencia personal.

Amo al artista por su obra que es lo más importante de su vida, aunque como simple anécdota referiré que Harvey vivió con Ramponi y me dijo alguna vez: “Ramponi es un tipo huraño...”. Pregunto: justamente él dijo eso. Y digo yo; ¿quién no lo es? ¿Quién detrás de su máscara social no es un ermitaño?

También me ocupo de Ramponi, porque aparte de calar profundamente en mí, su obra es poco, qué digo, muy poco conocida y

el lector por sí mismo debería poder juzgar si merece serlo o se justifica el olvido. Temo que más de una vez los olvidados escriban la contracara, la otra historia de la literatura, porque las culturas oficiales parecen negar lo oscuro del ser;

“... Si el corazón no estalla, /es sólo por su propia coraza de infortunios...”, nos dice Ramponi.

Su poesía es “... tan ajena a los módulos líricos imperantes...”, refiere Bernardo Canal Feijoo en el prólogo de “Los límites...”.

Temo también que Jorge Enrique Ramponi, al no observar la síntesis, al ser una cosmogonía desbordada en palabras, un mar quejumbroso y oscuro que dimana visceral y doliente, sea difícil de tomar para analizar o discurrir. Meter la vista en esta poética es un asomarse a los abismos de uno mismo y ¿quién está dispuesto?

Lo comparo con Olga Orozco, esa gran poeta sí reconocida, sí editada, sí conocida. Aclaro, que lo fue en sus últimos años, lo que era antes, digamos unos veinte años atrás, era tan desconocida como Ramponi, tanto como su obra. Y tan es así, que Orozco y Ramponi, fueron editados por primera vez en la misma colección de Losada (comienzos de los 70), época en la cual, diría, hasta las editoriales tenían un criterio artístico que con el tiempo, en fin. No sé tampoco si Olga Orozco es o fue tan leída, porque también se asoma a la sangre.

Estas digresiones que van apareciendo, se deben a que, al ahora rescribir esto que apareció hace tantos años, me suscita interés y tengo la perspectiva temporal que me lo permite, para reflexionar nuevamente sobre las obras de los autores que trato y el contexto histórico en que están enmarcadas.

Porque cuando digo que las editoriales tenían criterio artístico, también digo que tenían lo que a la época llamábamos compromiso. Lo sigo teniendo. Quizás más exacerbado que entonces, porque he visto cómo, lo que en esos momentos llamábamos “el

discurso del imperio”, hoy, como tantas veces agoreramente dije desde siempre, ha conseguido lo que Gilber Seldès anticipó como el sometimiento de las masas. Y agrego; sometimiento no es un látigo. Es usar banderas del imperio en la ropa, en las remeras, los buzos, las camperas y en todo cartel o “cosa” que se vea.

Creo que el lector argentino, por no decir los lectores de todo el mundo, abrumado por la realidad cotidiana, hace mucho que ha dejado de inquirir en sí mismo. Hace mucho que busca distracción y la distracción es enemiga acérrima de la poesía, visto este género como un género interrogante. Vista la poesía como un reto, un desafío, un testimonio.

Armar esta nota me puso delante la opción de dejarme avasallar por la palabra de Ramponi, que es realmente como una lava que deja exangüe al lector, que daña (dulce daño de la conciencia), o esgrimir algunos argumentos y exponerlos. No pido que se compartan, los invito a la lectura de Piedra Infinita:

Porque compacta sombra,
o soledad,
perpetua soledad a plomo,
témpano de silencio,
rígido limbo y piedra,
tienen la misma réplica, oh cóncavo nefasto, igual ecuación
fría,
responden con un eco de amargo símbolo en la sangre

... Piedra es piedra:
aleación de soledad, espacio y tiempo,
ya magnitud, inmemorial olvido...

... El duelo retumba inmóvil en la frente,
sobre el cenit del sueño,
cambiante zodíaco del canto.
No hay equidad corpórea,

hombre de pobre tierra alzada en alarido.
Nadie alcanza la piedra.
Nadie vuelve su núcleo pulpa viva.
No la toca una vara de llanta caída en la intemperie.
Nadie conoce el sésamo ardiente que abra el témpano.

Y valga aclarar que Jorge Enrique Ramponi precede a Neruda y no me equivoco mucho (corriendo el riesgo que implica), que el gran poeta chileno le “debe” mucho a nuestro autor.

A propósito de ello, les invito a cotejar el lenguaje visceral de Ramponi con el de tras cordillera. Ramponi usa reiteradamente las palabras delirio, insomnio, congoja, fatal, rito, mártir, aterrado, impío, patíbulo, escarnio, caos, designio, vejatorio, lóbrego, sacrílego; lo irredimible, lo clandestino, lo convulso, la piedra, lo atávico, mágico, cruel, precario, el terror, lo confidencial, espectral, mordido, baldío, el témpano, la heredad, lo mítico, lo hermético.

No le falto el respeto a Neruda, sólo arriesgo una hipótesis. Me dirán que hay un paisaje común, es cierto. Dolores comunes a ambos pueblos. Pero lo que no es común es el ostracismo de nuestro poeta, en contraste de la reiterada premiación del chileno.

Descifrar un lenguaje en los signos que utiliza Ramponi, en esos abismos al que somete al lector (si revive y participa) es arduo. Cuando habla de dólmenes, quien lee siente que el poeta parece estar soportándolos sobre sus espaldas. Me animo a decir que, no obstante la filiación ideológica de Neruda, Chile lo transformó en un producto a través de todos los tiempos.

A Ramponi, sin que yo sepa que tuviera filiación alguna, más que la de solitario, hurano, vociferador contra las montañas, no se lo tuvo ni tiene en cuenta. Análogamente, en el tiempo, en su proyección geopolítica y, por qué no económica, hoy día, Chile históricamente acrece mientras Argentina decrece. Cada cual haga la lectura que quiera de los parangones.
Abandono dicho enfoque y voy hacia la poética y también hacia

las otras lecturas que propone la poesía de Ramponi.

De Los límites y el caos:

... Cuando el hombre solloza fracasa Dios o el hombre,
cuando el hombre maldice, algún armónico se trunca,
cierta espiral arcana detiene atónica su arpegio.

... Tiempo del desconsuelo con sabor a vejamen,
donde la angustia crece, prolifera, succiona,
como una trepadora parásita del alma,
desovando los mohos de un acérrimo polen
que atosiga y reviene,
aborigen de un clima pernicioso y sagrado como un cruel pri-
vilegio.

Hora del desvalido
sin más deudo ni amparo que su propio tormento,
que la insidiosa madre
del vinagre de hieles que es su leche de oprobios, su yacija y su
báculo (Sabor aciago)

Corazón, sierpe o cóndor, o planeta sombrío, no pregunto
quién eres.

Amo los avatares que esclavizan mi lengua, víctima de tus
ritos.

Te contengo y rebasas mis límites de ciego,
mientras unos labios tiemblan ante la humana esfinge,
cuyo círculo abarca las altivas deidades, las potencias del
antro...

Concluyendo, arriesgo que a nuestro poeta no se le ha dado curso
de lectura porque otorga conciencia política y social. Porque del
hombre que el poeta habla, sometido a las crueldades de tantos
gobiernos que se llenan la boca con lo social y cada vez produ-
cen más pobreza, mientras muchos gobernantes acrecen sus
patrimonios —por otra parte en vano—, pues esa supuesta rique-

za de dinero, sólo hace que pierdan su honor; sigue padeciendo no sólo a los gobiernos falaces, sino a las inclemencias de la pobreza y del hambre.

Lucía Carmona

Poeta de los cerros interiores

Ya hemos tratado en ésta páginas, en esta serie de poesía argentina Contemporánea a grandes poetas argentinos desconocidos para el gran público, no obstante lo cual y ante la resonancia que tuvieron las notas dedicadas a Peire, Ramponi, Franco, Calgaro, Harvey, entre otros; está planteado como objetivo tratar también a Raúl Gustavo Aguirre, Rubén Derlis, Julio Salgado, Héctor David Gatica, Leopoldo Castilla, Graciela Zanini, Leonardo Martínez, Alfonso Nasiff, Carlos Artayer, Bravo y a tantos que siguen en esa situación marginal de las grandes editoriales; como rescate de las obras de los poetas del interior que merecen estas columnas.

En esta ocasión, nos asomaremos apenas a la poeta riojana Lucía Carmona.

¿Y por qué poeta de los cerros interiores? Porque Lucía Carmona, docente, cuando la conocí, allá por los años 70', me relató que trabajaba de maestra rural y para ejercer su magisterio debía hacer "varias leguas a lomo de mula", hecho de por sí elogiabile, pero que me dio a pensar en una poesía maestril, elemental.

Todo lo contrario. Después conocí su poesía y esta nota es para presentársela a ustedes que buscan poesía Argentina, que existe y está, amén de la escrita y conocida, latente como la sal de la tierra para quienes se quieran servir de ella.

"Hacia una tierra oscura", de una ignota Ediciones Tarco, de

Tucumán, es su primer libro del que después nacieron otros, la mayoría inéditos, como la obra de los escritores que no viven en la capital, que viven en ciudades o pueblos sin editoriales y a veces, sin siquiera una imprenta.

Lucía Carmona vive en Chilecito, Provincia de La Rioja y desde esos páramos describe no sólo los cerros que transita, sino los interiores del hombre, los más profundos caminos internos de los argentinos que viven en él y en su interior.

La poética de esta autora, no es descriptiva o regional, menos aún lugareña, sino que está nutrida de vivencia y de lectura seria y proféticos deseos plasmados en su voz. Como quería Juan L. Ortiz, usa palabras simples, entendibles. No se anda con giros o especulaciones.

Su poesía, si bien para especialistas puede ofrecer vertientes descifrables o reescrituras interpretando sutilezas, es más que nada una experiencia fuerte. Hay que vivir con ella sus poemas. Leerlos en voz alta, dejar que las palabras resuenen en el espacio. Su mensaje es reclamante. Su soledad, mayor. Su canto, de amor. Entremos en su poesía.

Poema II

“Después que ardió en la piel
el pájaro heredado del trueno y la ventisca
se templaron los sueños de mediodía y ala
y desde una presencia de insectos meridianos
deshidratada y madre
se nutrió en sal la sombra.

Los hombres arrancados
de la estación oblicua y de la tarde
tenían en los ojos estrellas navegantes
pero una sed oscura brotando roncamente.

Y la mujer espiga penetrando en la llama
En cirio desplomado de locura y de aroma
La cardinal matriz de primaveras
y el niño ciego sueño entre las rocas.

Se amaron
cuando el trigo brumoso de la luz
fue sangre abierta
y el hijo fue encendiendo las lunas de los mares
sonámbulo y despacio
como un ave descalza.

Y su intemperie, su palabra emigrando de sí misma hacia el paisaje, conforma un testimonio en “Viento”, cuando nos dice:

Ahora ya lo sé
lo único incuestionable es la semilla,
no hay historia ni signos,
no hemos sido inventados
como la aguda carta de un juego deslumbrado.

Ahora ya no hay dudas
Cuando al grito mayor trepemos
Entre la tempestad
Y su rara estructura desolada
Iremos caminándonos la entraña
Vitalmente enhebrando las armas
Y las caras.
Albañiles del alba
Nos comemos a diario la piel de las palabras,
Albañiles del sueño
Emigrando a planicies sin conciencia de pájaros,
Las lejanas planicies de los vientos de las mágicas estepas
Donde la sed del cuerpo
Se entierra entre las dunas milenarias.

Y el viento
Diseminando vida
Diseminando sangre
Marcándonos los ciclos más exactos
O los más extraviados
Del germen fundador hacia la nada.

Vivimos iracundia o arena calcinada
Vivimos
Y no importa a los dioses
Abrazados de barro
Sino el calor urgente de las sienes
Si vivimos
O estamos ciegas siluetas solas desnudando la tarde.

No interesa a los dioses
Nuestro hallazgo
Si brota un leño nuevo
O el ladrido nocturno
Se nos vuelve el latido
Trizado continente.

Si en batallas de sondas nos herimos
Nos morderán los labios los otoños cortados.

No obstante todo ese vértigo, esa caladura, en el titulado: “Lo cotidiano”, termina diciendo:

“... Al fin
Habrà algún niño que dibuje
Ciudades de silencio
En las arenas.”

Su poesía, en tanto masa de sonido, textura expresiva y significantes de cada palabra, es como se ve, un lenguaje fuerte, conmovionante, casi brutal. Sustantiva o verbaliza. Trabaja sobre y entre cada palabra. Dice y utiliza: arisco, grito, tropeles, mordeduras,

blasfemando, locura, flagelos, sangre. Pero también: líquenes, planicies, pájaros, algas, aire, arcilla, sueño, torcaza, niño.

En esa conjunción de palabras fuertes, expresión indudablemente opresiva de una realidad que tal vez, el paisaje de su tierra le impone, encuentra a través de su poética, el otro, el de la palabra cristalina, el de la palabra del hombre que, como decía Porchia en “Voces”, tiene hundidos sus pies en el barro, pero lo salvan sus ojos que le permiten ver las estrellas.

Y allí, en el tamiz de su ser, Lucía Carmona trasciende la condición, tensa la palabra y alcanza voces que traspasan las fronteras de su geografía.

La invitación de estas líneas es a releer los textos transcritos y poner a cada lector, por su cuenta y riesgo, las imágenes que sus metáforas sugieren. Esa sea tal vez una manera de entender la poesía y no de abordarla como un discurso de lo común o de lo cotidiano que sólo sirve para entender una idea. La poesía requiere más que eso. No tiene un propósito utilitario o de finalidad. Es, en todo caso, que alguien dice lo que nosotros quisiéramos decir.

Desde la fecha de escritura y edición del título aquí tratado —al igual que todos los demás poetas de esta serie, publicaron otros libros—, Lucía Carmona, siempre en su estilo editó “Pueblos de la memoria”, “Las infinitas palabras” “Poesía 1967-1987”, “Después de los andenes”, entre otras.

Edgar Morisoli

Poeta del grito, la piedra y la palabra

Producto de la casualidad, sin duda, o de destino, que uno acceda a descubrir (y no por el hecho de sentirse descubridor, sino por sentirse descubierto uno mismo, cuando se abre el libro de alguien a quien se ignora, que ese alguien habla de nosotros).

Digo con los que con autoridad lo han dicho antes; que es poeta quien interpreta el sentimiento de la gente y lo puede decir en su nombre. Me siento expresado por los poetas que elijo para estas notas.

Digo Edgar Morisoli en mi ciudad. Lo digo en un programa radial, se habla de él pero mucha gente me pregunta: ¿Quién es? Una poeta que tiene larga amistad con este vate que la ciudad de Rosario perdió para que lo ganara otra ciudad.

Algunos me cuestionan que me ocupe de autores a quienes las “grandes editoriales”, han ignorado. A ellos les respondo que la poesía, como decía aquel poeta de los 70’, “no se vende porque no se vende” y que justamente quienes han quedado al borde de los “intereses” de las editoriales, muchas veces, son los que constituyen la verdadera y más auténtica poesía argentina. Mal quiero —porque no me representa ni jamás representará—, a un viejito uruguayo que escribe melodramas extensos y lacrimógenos, por más que se vendan miles de ejemplares. Eso no lo hace poeta y menos aún bueno.

Investigando sobre Morisoli —amigo o al menos conocido de

nuestros poetas mayores como A. C. Vila Ortiz, Sevlever, Vallejo o los desaparecidos Aldana y Harvey u otros de su generación—, descubro que E. Morisoli, nacido en Rosario el 5 de noviembre de 1930, hace muchos años vive en La Pampa y es considerado el poeta pampeano por excelencia.

Tanta poesía, tanta sangre nuestra dando la palabra en otra latitud. Como muchos grandes poetas, si son del interior, su obra es más inédita que publicada. Algunos transan y se van a Buenos Aires. Otros se quedan o emigran a otro lugar del interior, creo que para mantenerse al margen de los círculos supuestamente culturales, no llegando ni a “culturosos” de la Capital, donde la poesía termina navegando en los cócteles y lo social, olvidando sus misiones de verdad y testimonio de su tiempo.

No importa, quienes leemos poesía, no la buscamos en la central de propaganda, de premios y medios nacionales. La encontramos en los recónditos sitios donde vivieron Juan L. Ortiz, Lucía Carmona en La Rioja, Ramponi, a quien los mendocinos poco conocen.

Ediciones Fausto (“Antología de la poesía Argentina” Tomo II Pág. 1044), incluye a Edgar Morisoli y reproduce poemas de algunos de sus libros. Menciona “Cuatro cantatas” (1959), “Salmo Bagual” (1959), “Solar del viento” (1966) y “Tierra que sé” (1972), omitiéndose, tal vez para no hacer un largo listado, “Al sur crece tu nombre” (1974), nómina a la que hoy en día podríamos agregar varios títulos más.

Tal vez un primer interrogante sobre la poesía de Edgar Morisoli, sea si su obra es mero quehacer literario o trasciende lo poético y alcanza a grito y testimonio. No voy a hacer una proposición aclaratoria y lejos estoy de equiparar estudios o estudiados, pero bien me sirve para esta nota lo dicho por Gastón Bachelard al hablar de Lautramont (“Sur”, Bs.As., n° 73, de octubre de 1940), a quien sitúa así: “... poeta de los músculos y del grito, porque I. Ducasse, tiene una tendencia a las formas animales agresivas;

con garras, picos, etcétera, en oposición a la escasez de formas vegetales o pasivas...”.

Nuestro poeta, las tiene pero no hacia esas formas agresivas, sino al agregarle a lo vegetal y hasta a lo desértico; a la piedra, al viento, a lo inanimado, al agua, a esa niña La Pampa, formas activas; colocándose él como espectador, como escriba de lo que el paisaje le dicta, relator de toda la naturaleza circundante.

No es necesario aclarar que el poeta no pretende domesticar la aridez en la que eligió vivir, menos aún dominarla, apenas obedecerla, respondiendo sí, en su labor profesional como agrónomo y desde el Ente del Río Colorado, en el que trabaja para irrigar miles de kilómetros con los sistemas de acequias y desvíos de agua, que él ha contribuido tanto a construir desde hace años; para responder a ese llamado de la tierra seca que le reclama fructificar y desde ese lugar, dialoga frente a frente con él.

Morisoli se coloca humilde ante los elementos y , como panteísta, cada cosa, tiene su ser. Su poética contiene su propio comentario. No hay abstracciones ni síntesis. No hay hermetismo, sí simbolismos si nos remitimos a la etimología de *symballo*, que entre otras acepciones significa re-unir, verbo griego del que proviene el sustantivo *symbolé*.

Tal el caso del símbolo en el poema “La pregunta y el árbol”, que comienza casi con las mismas palabras del “Canto del cisne” de Chejov, autor de su predilección, como los clásicos y muchos contemporáneos, dice:

“Contesten. Dónde están
Dónde arrojaron
los huesos astillados de dolor,
las espaldas charqueadas
y esa frente cuya firma altivez,
no consiguieron doblegar?

Turbio mundo de los sótanos, ciega
lobreguez cloacal en que una manos
sin rostro
bajo el brillo furioso de las lámparas
golpeó y golpeó en silencio
por la férrea vigilia hasta quebrarlas
con una rabia fría que se parece al miedo
las sienas, la entereza que no pudo vencer...”

Y le dice al árbol:

“Yo escribo aquí, tan lejos del martirio.

En mi patio crece
—o mejor: está, permanece, lo habita—
un viejo aguaribay de lacio y hondo verdor;
una provincia de palomas
una larga respuesta para el viento...”

concluyendo este largo y bello canto con éste verso:

“Y el dueño de la música construirá su guitarra”.

En otro texto y canto (“Fábula de Villagra”), abre un contrapunto entre el poeta que encarna y un supuesto interlocutor que relata:

“... y el potro y el cepo y el látigo
no descansaron
sobre los cuerpos
sobre las espaldas cobrizas. Los Caciques
callaban
y ni el tormento ni la amenaza ni la dádiva
los hicieron hablar, murieron...”

refiriendo lo ocurrido en ese desierto, a los indios Lihué Calel. Poema alumbrado por la “Centella del diablo”, llamada Cherrufe, en el que relata el modo en que los colonizadores tra-

taron a los dueños de esta tierra, en procura del oro y en el que el poeta, retoma la voz de ese pueblo como grito de esos pueblos extinguidos que habitaron la región pampeana.

Toda la obra de Morisoli, apenas anunciada como noticia de su existir en esta nota, ofrece musicalidad, cadencia y algunos largos versos que se cortan y dan un respiro, los hay breves y tajantes. Poesía en la que los elementos de la naturaleza son los personajes. Tanto se traspone la acción o el rol activo entre el hombre y ella, que como epígrafe del libro “Solar del viento”, el poeta rescata una voz de copla popular anónima que dice:

“A las orillas de un hombre
estaba sentado un río...”

El paisaje de La Pampa, del jarillal,

“... horizonte de gastadas piedras en el que Arim, el Arumco, genio mapuche del agua, deja su rastrito muerto, tal cifra de una tierra tremendamente sola”,

a la que el poeta le da su palabra, le canta e interroga así en: “Grito de piedra”, largo poema a dos voces y coro. La voz I representando al poeta y la II, a la tierra que lo intima. Leemos:

“... Besa, muerde ese oscuro terrón, poeta, son las huellas muertas del Arim...”

El coro interviene y se produce un coloquio entre el cantor que habla de cosas dulces y la tierra agreste que le reclama; qué le ha traído para su aridez. El autor, el poeta Morisoli, hace más de treinta años dedicarlo a conducir agua hacia tantos sitios de “esa herida abierta de un presente”, le responde a la tierra y a la poesía con su palabra.

Esta nota, apareció en el Diario “La Capital” de Rosario, el domingo 7 de febrero de 1993, pág. 2.

Eduardo D'Anna

Nota sobre su libro: “Obra siguiente”

Si Jakobson habla de “lo locutorio o lo perlocutorio”, si Julia Kristeva se sitúa en una “perspectiva semiótica” y Enrique Pezzoni analiza “el texto y sus voces”, Catherine Kerbrat-Orecchini examina más específicamente la “subjetividad de los enunciados”, contra los que pretenden teorizar sobre el aislamiento del emisor.

Nos inclinamos, con E. Benveniste, no sólo a encontrar, sino a poner de relieve la subjetividad del emisor (en tanto sea dentro del discurso poético), en el mismo seno de su enunciación.

Este preámbulo resulta imprescindible al tratar de desbrozar un texto. En su mismo título —utilizando el conocimiento de su “obra anterior”—, se podría encontrar cómo se posiciona el poeta en relación con su propio trabajo escritural. A propósito de esto, E. Castelli dice: “Eduardo D'Anna es un claro exponente de la poesía que surge en la década del 60' y fervoroso defensor de una obra que se puede denominar “inmediatista”, ya que preconiza una escritura de lo cotidiano, de lo inmediato, transmutado en palabras...”.

Para quienes se dirige esta nota en procura de su entusiasmo hacia este libro *Obra siguiente* y su “obra anterior”, apunto dos cosas. La primera es la ensayística de D'Anna, contenida en su mayor medida en la *Historia de la literatura de Rosario*, única en su estilo, por la manera, el tratamiento de hace de cada autor que

menciona (y abarca todo el período literario existente en la ciudad desde sus inicios hasta el presente), señalando estilos y dando ejemplos de párrafos de dichos autores.

La segunda, obra de poesía de la que sólo enumero “Muy muy que digamos”, “Carne de la flaca”, “Los rollos del mar vivo”, “Calendas argentinas” y “La máquina del tiempo”, notándose cómo se tiende a un paralelismo con los rollos del mar Muerto, la calendas griegas o H.G. Wells.

Edgard Bailey dijo en la contratapa de “La máquina...”, que E.D., “... torna trascendente lo inmediato, realizando al mismo tiempo las cosas y el verbo —que es decir lo sustantivo y el verbo— y no exalta una cosa en perjuicio de la otra, sino que lleva a ambas a un punto de incandescencia”.

Los trabajos de este autor, tienen la posibilidad de ser leídos en un nivel comprensivo primario, aunque no se acceda a sus claves más profundas. Cada lector, aportará su propio acervo cultural extrayéndole más provecho cuanto más frecuencia con el género, la historia y su propia lectura, tenga en su haber. Por algo, nada menos que Harold Bloom proponía: “El lector sólido y el poeta sólido, sólo conocen una lectura sólida”.

Abordando este cuádruple libro y en aras de la tentativa señalada, a continuación se proponen algunas hipótesis sobre cada uno de los cuatro títulos.

“Unas piedras”, si se puede utilizar la expresión, es el libro más hermético. Develar constantes como “pastos”, “pastos crecidos sin sembrar”, o un Atila que no siega por siempre el lugar por el que pasa, deberán leerse con una tensión histórico mítica y una atención particular. También aparece, por ejemplo, una verbalización de sustantivo: “combustionó”.

Se habla de “un ascensor real”, se dice: “lo real marchita los sueños”. No obstante, el clima que campea en estos trabajos, se escuchan otras voces (por eso la cita de Pezzoni) y el poeta trae voces de infancia, miedos.

En “Muertos en Nueva York”, se podría decir de un texto dramático que por ejemplo nos remite al Dante, quien crea un infierno en el que danzan los creyentes en lo pretérito de su divina tragedia. Tanto el lenguaje como los temas de este libro, contiene una visión sumamente crítica y podría llamarse “El libro de la vida y el infierno”, esperándonos con ideas como:

“Las iglesias sólo son
las carnicerías del deseo...”

Porque:

“... el deseo es un agujero
por el que corren
los vientos del mundo...”

Hay también transposiciones de acciones del sujeto, como cuando dice:

“... un bar se sienta a descansar sobre mí...”

o:

“... un taxi me toma...”

Y en un texto resumen lo antedicho. El poeta pregunta:

“... sin miedo de perder, cómo sería el mundo...?”.

¿Se sintió nuestro autor un exiliado en NY. Se posicionó como el poeta español de “Poeta en Nueva York”? Se le puede preguntar a sus poemas.

“Sin imagen”, el tercero, es, me arriesgo a decir, el libro diáfano. Es un discurso en edad de inocencia y de “locura por todo”. En esta parte, el lenguaje, hecho discurso se torna aparentemente

simple y transparente. Reminiscente también, sin caer en la holgazanería del “simplismo”, dice:

“La torcacita canta
las tapias de adobes desnudos
y la bomba de agua fresca
de infancia
están”

Como en los anteriores, persiste un dialogo exterior e interior y le dice al lector:

“La poesía no es locura
es cordura.

La poesía es lo que está
en este papel
no el viento”.

Como se ve, la mayoría son textos de extensión sintáctica mínima en los que por su brevedad, condensa en esas síntesis, lo más logrado de su arte poética; porque, justamente en ese condensar, puede estar un universo íntegro, al que la lectura nutrirá con lo que cada palabra suscite en el lector.

“El otoño hitita”, cuarto libro incluido en esta (podría llamarse obra general). parece una bitácora con libro de viajes en lugar de brújula. El instrumento no indica la cardinalidad sin el tiempo.

Es un recorrido parapoético entramando la historia presente y pasada de ese remoto imperio.

Lo pone a Borges en Efeso y saluda a sus ciudades con el modo de nostalgia por lo suyo cuando, mediante:

“Adiós Bizancio
tu riqueza se ha vuelto pobreza.

Es linda, pero tengo allá mis hermanos.

Me espera el mar, la estepa
todo lo que no sos”.

Seymour Mayne

Nota sobre su libro: “Reflejos” Sonetos de una palabra

Con Coordinación de traducción e introducción de María Laura Spoturno. Ediciones Al Margen. Colección Cuadernos de Lenguas Modernas. Colección Tiempos de Babel Biblioteca Norte-Sur.

Tal vez el primer poeta que se permitió escribir sobre la base de monosilábicos haya sido Brad Leithauser (EE.UU.) hacia 1985 en por ejemplo un texto (experimental?) que dice: “Why / do / you / sigh,/ fall,/ fall, / for/ some / hum- / drume /come / -mm? / Hum...”. De un evidente tono irónico.

Posteriormente, siguiendo la “estructura del soneto italiano”, según se dice en el prólogo, el poeta francés René Nelli publicó “Sounets Monossyllabiques, poemas que contenían una sola palabra monosilábica en cada uno de sus catorce versos. A fines de los 90 un concurso sobre sonetos monosilábicos dio lugar a que nuestro poeta Seymour Mayne comenzara en su universidad, con una serie de encuentros entre profesores y estudiantes para abordar este nuevo modo escritural, deviniendo, en el caso de nuestro autor en una experiencia con el soneto de una palabra, ya no monosilábica, dispuesta, al sugerir de Mallarme, dentro de un espacio para que su visualización impactara de otra manera que la que venía usándose hasta aquel tiempo.

Esta forma que adopta Mayne, como bien apunta M. L. Spoturno, “nace en vinculación con el “haiku”(expresión creada por el poeta Shiki Masaoka) oriundo de Japón y en convivencia, aportaría, con todo texto poético que represente un instan-

te, una imagen esencial de un momento preciso ”relacionado con el mundo natural”(si refleja paisaje, pájaro, etc.), o agrego, a una única temática situacional percibida por el emisor o quien la plasme, aún en los casos que sólo le llame “poesía breve”, sin utilizar ningún calificativo que ciña su modo de escribirla.

Textos maravillosos: Luz “¿Quién/ cree /en /luces / eternas, / silencios / iluminadores, / oscuridad, / y / la /primera / y / última/ palabra?

Y: Suelo ¿Quién / reclama / este / silencio / esmerilado / donde / hielo / y/ roca / se / van / puliendo / entre / sí?

Liam Ford (en Poetry Review.ca., 12 de octubre de 2006), bien define a Mayne cuando señala: “lo que el poema calla sobre la escena, deja al lector tan cautivado como lo que efectivamente dice”. Y no casualmente a quien valora y adhiere, como quien suscribe (no sólo en la presente nota, sino en su propia obra), lo conciso del lenguaje que adopta Mayne, le llega un libro como este que elige para reseñar.

No menor y sí de una extraordinaria importancia por diversos motivos, es la realizada por los estudiantes avanzados de la UNLP y del CONICET, guiados, dirigidos, coordinados y entusiasmados por la Profesora María Laura Spoturno, quienes airoosamente llevan a cabo el desafío de traer a nuestra lengua, sin literalidad y con talento traductor, esta obra de Seymour Mayne.

Mercedes Roffé

Nota sobre su libro: “Las linternas”

Asistir a la presentación de este libro, me permitió dialogar con la autora y que de las preguntas formuladas por el público, se pudieran desbrozar algunos interrogantes desde los cuales parte la obra, incluso desde su título.

Son linternas flotantes, muchas de las veces, las utilizadas en rituales en Japón, Hawai y otras latitudes del planeta, que se dejan flotando sobre las aguas desde el anochecer y hasta la madrugada consumiendo su vela en procura de permitir que los espíritus o almas de los muertos puedan alejarse, dejar libremente los lares que habitaron sus cuerpos, desprenderse de esa última carnadura con la que habitaron en el paisaje, para deshabitarlos e irse donde fuere se vayan.

De esos diálogos con el público también surgieron muchas otras cosas, lo cual demuestra la importancia de la relación cara a cara con todo autor. Por ejemplo, se vio claramente la estructura filosófica de la autora por su formación y el encuentro con “la silla vacía” en la que ningún barbado anciano gobierna el universo.

¿Qué pasa en uno mismo? Lo que se advierte en un otro, se descubre en uno mismo.

Esto es. De formaciones filosóficas que implican religiosidades, misticismos o rituales, de pronto un día de la vida nos encontramos sin esos techos, clubes, partidos políticos o religiosos.

Aparece la intemperie, que explicitada en su nombradía o implícita en su tapada existencia, dejan al hombre “sin padre”, sin cobijo. Diría quizás el análisis: la falta. Sin protección. Sin Dios. En soledad. Enfrentados con un vacío de estructura interior, habiendo advertido “esa ausencia”.

A veces, ese descubrimiento demanda que lo gregario o no gregario de las personas, busque la integración en una sociedad, secta, religión, club,... o familia para sentir cumplido ese “mandato” cultural quizás solamente de “crecer y reproducirse”, liderar y obedecer, integrándose a la maquinaria que le permita tener que enfrentarse con lo más terrible quizás de la existencia: la soledad.

Y es justamente el poeta, que no es ningún “pararrayos celeste” como dijera aquel Darío, quien aún conociendo ese o esos riesgos, la enfrenta, asume y traduce en palabra el desasosiego que dicha confrontación provoca.

El poeta enfrenta la soledad como muerte metafísica que lo va preparando para la hora final.

La extensa lista de libros que la poeta viene publicando desde 1977, eximen de hablar de trayectoria. No se trata del libro que todo joven escribe y publica en la adolescencia, en caso de Mercedes Roffé a los 23 Años.

Se trata del libro de más de una decena de obras, incluso en diversos idiomas que denotan un trabajo por el que transita durante medio centenar de años.

El primer extenso texto que podría llamarse un mándala personal, un rosario o una oración que la poeta se dice a sí misma, ordena su proceder y habla desde los infinitivos dormir, residir, tejer (por urdir), de; “dormir con los ojos abiertos, bien abiertos, ... de pie... alerta... apoyada en el vano del día... Residir la noche toda en la pura presencia de la letra/... el trazo, la cifra./

Residir la vida toda en duermevela.../porque sentir es más que ver y más aún es fundirse"... Texto en el que sin duda me atrevo a recalcar, la poeta se consagra a la palabra. Y es una consagración de la que no se regresa.

Es un extraordinario texto de comprensión de la vida, o de su vida que siendo en poesía en de toda vida. Lucidez.

Al comienzo del poema II, viene a la memoria un diálogo con Padeletti, en el que el poeta decía algo así como que; quien vive o hace el mal, no puede ser poeta en tanto y en cuanto el poeta es un ser que busca la luz, iluminarse a sí mismo. Que la maldad oscurece a los hombres e impide que su poeta aflore. Y en este segundo poema de Roffé hay una invitación: "Hay maldad... corrupción, mentira... malicia/. ... engaño. / Residamos a la vera del día./

Hay mal, fraude, sombra.../ Residamos la noche en el seno urgente del día./

Moremos... en el fétido seno del mal/... contra el mal".

Al decir de Bachelard, el día y la noche son ámbitos propicios si, como invita Roffé, residimos urgiendo el día, que es decir, residamos la oscuridad anhelando la luz.

En otros textos de esta obra, la paráfrasis por ejemplo: "No pasará esta noche por el ojo de una aguja", que parafrasea aquello de "Es más fácil que pase un camello por el ojo...", denotan raigambres culturales de una autora con formación, que da lugar a una poesía de profundidad y saber. No son florcitas. Es poesía de la más alta.

Y para no exceder una reseña como debe ser esta, algunos textos más interesantes y señeros de Las linternas...: "Crece el jazmín y se abre en blanco bienoliente... jazmín alado a un costado de tu hombro/ Vida sutil./ Susurro de aguas transparentes.../Música

es/ aquello que bendice.../ Cristal-Aleph que encierra-libre...”
O en VI.: “La luz se hizo///... y los pastos y los cielos y los mares/
Sutil aquel que separó/ el azul del azul//el día de la noche/...

Los poemas de este libro, por su latido interno, por su sentido, su música, me han dado la sensación de un diástole y sístole de palabras, de pensamientos y sentimientos que se expanden y entrópicamente vuelven sobre se mismos, se repliegan y vuelvan a abrirse.

Anduve varios días con este libro y el viaje fue mejorado por estos poemas iluminados e iluminadores, luminosos por sí mismos.

Como en “El monte análogo” de René Daumal o en “La serpiente”, de Mircea Eliade, en el que Sergio hace el mismo camino que los demás pero no queda ni se detiene en alguna estación y continúa su experiencia simbólica; así he vivido y revivido estos poemas.

Héctor Freire

Nota sobre su libro: “Satori”

La lectura de “lo oriental”, “lo místico”, lo indio generalmente dicho “hindú”, etc., como se conoce vulgarmente, dice del “satori”, lo que podemos encontrar en la Web. Iluminación en el budismo Zen.

No obstante, el breve texto que hace de puerta cancel a los trabajos de este volumen, suscripto por Teitaro Suzuki (autor de entre otras: “El buda de la luz infinita, Manual de budismo zen, Budismo ZEN, entre muchas otras y cuyo nombre budista es Daizetz (cuya posible traslación a nuestra lengua sea “gran simplicidad” o mejor aún “el simple”), ilumina, valga la redundancia con lo antedicho (para quienes saber ver, la luz, —y no digo nada relacionado con ese “vi la luz” tan difundido hoy día por algunas sectas religiosas—, sino que hablo de la Luz, así con mayúsculas, del conocimiento, la intuición, el pensamiento, el camino, (el koan), la “comprensión”, en definitiva.

A modo de conciente digresión, valga también para religiones oficiales tan difundidas como el catolicismo apostólico romano en cuya “grey”, mayoritariamente desconocen nada menos que el sustento intelectual quizás más fuerte de la misma como lo es la “Suma Teológica” y muchos creen que el santo docto no es más que un Santo Tomás.

Dicho esto, los textos de este libro, por medio de la vía poética, hace filosofía, dado que una y otra son imprescindibles para el

tipo, el modo, la forma y el fondo de una poesía como ésta; la de este libro que es la poesía que prefiero.

Y digo prefiero, respetando todo otro “modo” de hacerlo, pero permitiéndome para mí mismo, elegir la que podría ser llamada, (así como otras son: “narrativas”, “cotidianitas”, “amorosas” y tantos y cuantos mote o calificativos como autores se sientan llamados a clasificarla; como poesía trascendente en el sentido de trasponer el mero hueco literario de un género, ese o esa poeisis, ese hacer; por una poesía que indaga, vislumbra, refleja, en este caso y a través de otras artes-, que vienen a servirle de soporte musical, pictórico, cinematográfico, paisajístico o el que fuere, a una meditación que es reflexiva y le permite extraer de las imágenes, los sonidos, las situaciones o lugares; modos poéticos de ser vistos o mirados como Hölderlin nos dijera en “Poéticamente habita el hombre”.

Qué más cabe acotar en una simple reseña que, cuando el poeta nombra Timanfaya, Chartres, al filósofo Bergson, al pintor Renoir o al genial Van Gogh, utiliza un epígrafe del desaparecido maestro de la poesía argentina Joaquín Giannuzzi o a los realizadores cinematográficos Bertolucci, Antonioni y a otros; reverencia y hace su homenaje a lo que miente, esos monumentos del arte universal.

Si lo “zen”, inexplicable por racionalidad fuera posible, me atrevería a decir sin miedo alguno de equívocos, que este libro contiene poemas zen. Lírica y belleza, captación del instante se aprecian en ejemplos tales como:

“... un pez plateado iluminó el agua...”

“... sentimos que el pasado nos recuerda...”

“... la memoria nos cambia de lugar...”

“La araña hila/una pequeña plegaria...”

“La luz /se vuelve una hoja/en el crepúsculo”

“A estas rocas se les envidia su voluntad de durar”

Esto ha sido para nuestro poeta su satori, impresiones de esos grandes artistas, de sus impresiones y emociones, de sus iluminaciones.

Saludo este libro enfáticamente.

David Alberto Fuks

Nota sobre su libro: “Vita e cor”

Sin que uno pretenda jactarse de nada, bien vale la pena un sucinto comentario previo al propósito de estas pocas líneas.

Cuando leí “Vita e cor”, inmediatamente me remití, aún sin quererlo a una parte de la biblioteca donde pueden encontrarse Tratados anónimos que tomaron el nombre de Hermes Trismegisto, Schure con su serie sobre los grandes iniciados de la historia y tantos.

¿A qué viene esto?

Viene a cuento de preparar al hoy escucha de esta presentación sobre por qué caminos va a estar lo que se diga. Desconozco lo que los demás panelistas enfocarán. Sí les digo que este libro es un libro que detrás de lo aparente, guarda otras lecturas que sobrepasan largamente lo literario y lo poético.

Es un libro que se une a la tradición del Antiguo Testamento, la Biblia y otros libros y literaturas sagradas diversas sin que por eso dejen de ser varias, porque todas o casi todas reúnen enseñanzas o anticipan legislación sobre Dios, el bien, la luz.

Hablando con un poeta mayor, hace poco, coincidíamos que para poder escribir poesía hay que ser bueno. Un hombre bueno busca hacer el bien, lucha por la luz contra la oscuridad.

Me pregunté si llamarlo un libro esotérico y temí asustar a alguno de quienes están hoy aquí con una palabra que si bien resulta común para quienes frecuentamos liturgias y lecturas particulares, no es habitual, por decirlo de algún modo.

Me dije: de qué otra manera llamar a un libro como este que no sea de esa forma?

Y terminé respondiéndome que aún a riesgo de parecer lo que a cada cual le parezca, este, este es un libro cuyo lado exotérico, está a la vista de cualquier lector y completa las expectativas de todo lector, pero que también, va más allá de lo expuesto explícitamente y direcciona para otras líneas de lectura, por decirlo así.

El monte análogo de René Daumal es una novela pero también son estaciones como las de Jesús. La Serpiente es otra novela, pero Mircea Eliade, el de “Historia de las religiones comparadas”, describe el camino de Sergio, su personaje, por distintos estadios espirituales.

Adán y Eva no comieron de ningún fruto de árbol del bien y del mal. Comieron del árbol prohibido del conocimiento que se encontraba al otro lado del ingreso al Paraíso, retaron a quien los creó. Y así, estas metáforas de la historia y la mitología de la humanidad, se han hecho metáfora en este libro de poesía.

Sobre el libro de David. Hay un libro de David? Sí, es este que hoy se presenta.

¿Qué es para mí este libro?

Es un libro iniciático. Como no podría ser de otro modo: un libro de filosofía, digo de poesía (que son lo mismo).

En el prólogo, de una profundísima lectura, se destaca el judaísmo del autor.

Agrego, no sin disentir, de alguna manera, que lo judío, lo cristiano, lo que fuere, sólo son partes del ser sacro que es el hombre, si lo sabe, si lo quiere, si lo admite.

La iniciación del personaje histórico Jesús entre los esenios es parecido, sino igual, al de otros personajes históricos, cada cual en su contexto y en su cultura.

Creo que “Vita a cor” es una suerte de Evangelio según David Fuks.

Sólo cuando la poesía investida de filosofía propone la reflexión, el conocimiento, la luz diría alguien, provoca un camino, una puerta, una ventana a otro lugar de uno mismo y de la mirada de uno al universo y a los demás.

¿Es David un Mashiaj, un ungido descendiente por su propio nombre de aquel David histórico o mítico, pero siempre poético, siempre simbólico?

Este David nuestro es como el de Goliat. Pelea contra la inconciencia, la guerra, la miseria, el hambre, la pobreza. PELEA desde su poesía y desde su práctica psicoanalítica contra lo que oscurece al hombre. Y lo hace con la forma más pura y bella que tiene el humano. LA PALABRA. Y esa palabra deviene mayor cuando es poética.

Este libro, que contiene una síntesis de tantos temas profundos y latentes no sólo en el autor sino en todo atento lector dispuesto a abrirse, es llave, puerta que como se dice en la cultura cristiana: el que tenga oídos que oiga .

Y por qué digo que se destaca lo judío del autor. Lo digo, como digo libro iniciático, porque pocas veces, si no ninguna, he podido comprobar cómo un hombre se conjuga con un poeta, que se conjugan a su vez con un analista de la siquis y un desbrozador de las tradiciones y conocimientos más antiguos que hemos estudiado, se ponen de manifiesto tales búsquedas, tales señalamientos de las tan antiguas tradiciones del judaísmo que nuestro autor conoce, pregona y transforma a palabra poética.

Saludo emocionado al autor que posiblemente sea mayor que el hombre que escribió este libro.

Porque las palabras no pertenecen a los hombres individualmente.

Las palabras son de todos y primero fue el Verbo.

El poeta es ni más ni menos que un instrumento.

El lector, alguien, otro, que con libre albedrío puede optar y recrear para sí mismo estos mundos que en esta obra nos da David, tiene ahora la posibilidad de dejar resonar dentro de sí estos textos y experimentar qué pasa cuando las palabras, el sonido de las palabras resuenan en lo interior del hombre.

Leopoldo Castilla

Sobre: “Libro de Egipto”

Hablar de uno de los máximos poetas de esta generación, implicaría, como lo hemos hecho en números anteriores, recurrir a no sólo su trayectoria como autor y como “maestro” de poetas de su generación y de las que lo suceden, sino adentrarse en un análisis profundo que excede esta nota.

Baste decir que Libro de Egipto, como tantas obras de Leopoldo Castilla (Teuco, como le dice todo el mundo), aunque no necesitan el paisaje externo de sus extensos viajes por los lugares más remotos de la tierra, parecen, sin embargo, recurrir a lo que implica las distancias, para recorrer su interioridad y expresar una poesía de caladura humana en la que lo testimonial y los temas que preocupan al hombre, ocupan al poeta.

El ladrón, los laberintos, el desierto, bien podrían ser también paisajes recorridos en una intensa introspección y de hecho, no existir como tales.

Creo que todo paisaje al decir de Teodoro Roetke, sólo encaminan al lugar del mundo que es el uno mismo.

Roberto Glorioso

Sobre: “Tierra no prometida”

Si la poesía es en gran medida síntesis, los textos de este libro responden a esa premisa. Si además de síntesis, la dedicatoria a Ana E. Lahitte, nos habla a primera vista, del reconocimiento que nuestro autor le hace a la gran poeta de la Plata, de lo cual hemos dado cuenta en algunos de nuestros números. Muchos autores contemporáneos, deben a la poeta Lahitte y a su gran persona, bastante de lo que han podido hacer con su ayuda, auspicio, guía y amistad.

Qué hermoso laberinto la contradicción de una tierra no prometida, cuando la que culturalmente hemos escuchado y se nos ha incorporado es la sí prometida. La que vendrá, a la que arribaremos, ese lugar que esta en el futuro.

Esa no promesa de arribar a un lugar de patria, semeja la intemperie del poeta ante la tierra que pisa. La real, la de ahora.

No obstante, hay como nos dice en la primera parte: una “insinuación de lo sagrado” y “Fijo a la tierra/por un ancla leve/protege la más aluvional/de sus visiones.//Sin resto de dicha.”

Y empiezan a aparecer claves (alumbramiento, cal, incienso), escenas: “Hogueras a orillas/del mar./ En nombre de quién resplandecen ./Nadie responda.//La humanidad del fuego/relumbrará/desierta”.

Versos de encierro propio, de prisión interior: “Palpa/ las cavernas del vacío. // Es el mismo ademán/de quien sutura/la puerta de su celda.”

El poeta se sabe sin un pase, salvoconducto y “aprieta sobre el pecho/súplicas de asilo”.

Una síntesis perfecta: Una mirada de polvo/ sobre sus días contados/apura la eternidad”

Máscaras sin reverso, de por sí todo un subtítulo, con un breve texto de Rodolfo Godino, tal vez uno de los más grandes poetas actuales, que dice: “Yo he sido libre, tarde conocí la caridad”, abre la segunda puerta de la no prometida tierra.

Y concluye esta segunda parte con el texto: “Aquí ocurre el mundo.//Donde muere sin tregua/ lo que amamos”.

Por último, el tercer subtítulo: “Mural y espejismo”, con el acápite de Laura Yasán: “Haber salido mil veces del equívoco para aprender a equivocarse” se plantea con la transposición del sujeto de un texto que hace que: “Se anunció una llegada/ de perros.// Cada uno con un ciego”.

O: “Urge/celebración/donde quedo desperdicios/del vacío de su plato/La sinrazón de paraísos comenzará a ultimar la fiesta?”

¿O será acaso un vagido quien comparece sobre una manta de guijarros?

Libro bitácora. Libro de introspección.

Y aquí, un poema cerrojo, puerta, paso a otro lar: “Delante de su puerta/el cielo/ abre manchones/contra el pecho de un pájaro/que obstruye lo sagrado.”

¿Puede un ave cerrar un paso o el símbolo de lo libre se opone a lo sacro en tanto esto si bien es la más absoluta libertad, no lo es en apariencia sino en interioridad?

Y cito el último texto: “Solo trae arena para/ ampliar el desierto/ que es ahora su alma/ y dice/ ojala me pensaras/ levantando piedras/ para construir la casa”

Desde el análisis se observaría la falta, desde la recensión de un libro de poesía, quizás la intemperie de la soledad como le ocurre a casi todos los poetas.

Néstor Mux

Nota sobre su libro: “Disculpas del irascible”

Mario Arteca, conocido por su dilatada trayectoria como autor de poesía y de quien hablémos hace unos años al reseñar Guatambú, uno de sus primeros libros, propone al inicio de este libro de Mux, Diez miradas acerca de Disculpas..., que constituye un verdadero ensayo, más que un escolio, sobre el itinerario y los propósitos del autor tratado.

Algunas de sus opiniones se comparten, otras tienen distinto punto de vista según el mirador, el lector y quien se pone en la recensión de cada libro.

Demás está decir que cuando el prólogo se constituye ensayo y éste está nutrido de propias conclusiones y con apoyaturas tales como las de Derrida, Heidegger, Celan, Cacciari, Jabès, Levitas o Segal, nos encontramos (y es una suerte que así sea), ante un prólogo inteligente que propone desentrañar para el lector, la obra que precede.

Siempre será para mí muy importante quién y cómo se haga un prólogo.

Uno bien hecho, entusiasma al lector para proponerse hacer un viaje con las herramientas que se le entregan a la entrada; sobremanera en tiempos en los que los prólogos, muchas veces, no sólo no son inteligentes, sino que son meros elogios inútiles que uno no se explica como el autor del libro acepta, es decir, sí se lo explica.

Agradezco como lector a Mario Arteca sus diez miradas.

Amén de reconocer a Néstor Mux como un poeta de, no diría vastísima obra, pero sí de permanencia en la militancia de las poesías desde los 60', con seis o siete libros editados e incluido en varias antologías nacionales, resulta preponderante decir en esta letra que es palabra escrita sin voz, que Mux lee de un modo especial sus textos. Escucharlos es sentir que hablando de lo simple pero lo trascendente del hombre, su voz desacraliza al poema y lo vierte como agua limpia a quien lo escuche.

Es muy importante que un buen poeta que escribe bien, no crea que teatralizando, impostando o gesticulando le dará a su poesía algún encanto. Mux lee con sobriedad excelentes textos poéticos y su voz y sus voces, crecen en el escucha.

Les invito a leer en voz baja los poemas de este libro. No necesitan la resonancia de un tenor. Precisan del oído interior de cualquier lector.

Y esto, como dice el autor al finalizar un poema: "... La vida misteriosamente/parece seguir diciendo/ algo por nosotros."

Primeramente, llamó mi atención el que Mux sea de los pocos que hablan de su poesía pluralmente. Parece saber o intuye que el "nosotros", es más que el "yo", lo cual revela al hombre que vive junto al poeta.

Y en ese nosotros, habita, supongo una persona, una mujer que: "... hojea lentamente mis papeles/con un afecto que hace creer/que alguna línea pudiese ser feliz./ Y sigue: "... en esas fotografías que la incluyen." Y: "El poema es la respiración/ de quien escribe, dice".

Ese o esos, son algunos de los temas que como murmurando nos da para que uno se asegure que ese clima de los —¿sus?— árboles bajo la lluvia de la calle 53 le son propios.

Tratándose de una antología hay otras temáticas.

La indagación en la palabra, su compromiso por decirlo generacionalmente se ven ampliamente certificados con el primer texto con el que comienza el libro y se reproduce completo:

Identidad

Si la poesía no alcanzara revelaciones
y apenas fuese además inconcluso
porque depusimos armas ante el desaliento

la mirada de qué extraño cadáver
quedaría frente al nosotros
brillando en el espejo

Reseñar este libro nos ha dejado un buen sabor. Hemos leído la poesía de un hombre de este tiempo que dice lo que tiene que decir. No hay floripondios ni cosas rebuscadas. Es una poesía simple y hermosa.

Leopoldo Castilla

Nota sobre su libro: “Manada”

Como dijéramos en el número anterior de esta publicación, al tratar “El libro de Egipto”, este poeta realiza a través de la poesía y de su propia errancia física por los lugares más insólitos del planeta, un periplo interior del que regresa con “esta manada de palabrerías”.

Es difícil la objetividad, pero es imprescindible. Se trata de un libro más que se agrega a la casi innúmero obra de este autor.

Pero no sólo en agregación. Se suma en una cadena de abalorios, de alumbramientos existenciales poéticos, donde es él mismo quien primero se deslumbra por lo que conoce, al conocer ama y al amar escribe esos versos.

Los elementos químicos, la Candelaria que apaga relámpagos con una cruz de ceniza, los pájaros, su niño recordado soñando, su voracidad de absolutos, el origen de fotones que diseminados en el recorrido de este libro.

Conforman uno de los tantos ciclos de la vida del mundo, tal vez del universo.

Leyéndolo así aparecemos con el carbono hasta la entropía. Desde la creación a la disolución de lo creado. Y en el recorrido de sus textos, el lector recrea la experiencia del autor.

Destaco la riqueza del lenguaje, el nuevo sentido que el poeta al hacer uso de palabras que parecían pertenecer sólo a ciertos discursos, son reificadas, reinventadas, invadidas o mejor dicho, conquistadas por y para otro discurso como es el poético.

Un libro que es un derrotero y de ese camino, algunos textos aislados cuya raigambre semántica nos aproximan al corpus integral del mismo:

“... se les escapa,/ neutra, la paloma del volumen...”; “Sólo tienes un minuto/ para sostener/ la desesperanza del mundo,// el mismo/ que sostiene mutando al insecto, las plantas y los peces// (ellos no saben que todavía son ángeles,/ tenues/ ondulaciones/ del infinito”. O estos versos whitmanianos: “... Ahí voy yo/ tatuado/ por la transparencia de las grandes hojas/hecho del sonido que adelgaza el mar,/herido de nada...”

Opino que este libro “Manada”, realmente golpea las puertas más cerradas del hombre como lo son las de la comprensión de la vida y de la muerte, sus ciclos. Es cosmogónico, místico, sideral, panteísta. Es un librazo de poesía de la más alta calidad lírica con el componente existencial de un hombre que ha vivido mil años. La lectura, realmente debe hacerse en el orden del principio al final consecutivamente y sin parar.

Es un universo creándose y disolviéndose.

Desde el constitutivo elemento “carbono” seguido por cada paso de la evolución, la astrofísica, la química, la naturaleza toda, están hermosamente plasmadas.

Griselda García

Sobre: “El ojo del que mira”

Continuando con las interesantísimas Ediciones de Poesía, La Carta de Oliver, que ya nos hiciera conocer en otros momentos con libros de Kofman, Gagliardi, Espel, Bustos, Moisés, entre otros; agrega a su lista de autores a Griselda García, con “El ojo...”

En la página liminar, parafraseando tal vez aquel dicho de Einstein que decía que la belleza está en la mirada, nuestra poeta, elige a Margarite Yourcenar para que abra la puerta de este libro con una frase de su autoría: “El catador de belleza, termina encontrándola en todas partes”.

Compartimos ambas aseveraciones pues ambas no dicen ni más ni menos que aquello del cristal con que se mira. A riesgo de pecar tiñendo de filosófico lo que voy a decir, arriesgo que la elección del título responde a una mirada que si bien no es optimista o pesimista por sí misma, responde sí a un criticismo que se va desarrollando en los poemas.

Al decir: “... te miro con los dedos/sigo tu mapa táctil...”, habla de un presente esperanzado; más luego como plegaria o deseo aún no consumado nos dice: “... aprenderemos a...”.

En “Trampa sagrada”, dejando traslucir un hecho cultural occidental como es el de que resultaría más fácil que un camello pase por el ojo de la aguja a que algo, en este caso “un mago joven herido de luz” será capaz de conjurar.

El libro es breve. Desbrozar su totalidad no es el propósito de este comentario de difusión, El texto titulado “El beso en la oscuridad” uno de los mejores de este libro en cuanto a poesía cotidiana. “Ama de cría”, el mejor de los otros textos, más densos, maduros, trascendentes.

Claudio Suárez

Nota sobre su libro: “Mientras tanto”

Ya para su libro anterior (“Inventario inconcluso”), la poeta S. Cabuchi decía del autor y de los poemas del mencionado, que fueron “incitados... a pasar en limpio, infierno y esplendores... registrar, enumerar, documentar muertes, pedir primaveras... un pretendido ensayo general expuesto a las modificaciones del tiempo...”.

En “Mientras tanto”, la madurez del hombre que ha experimentado pérdidas y aún busca afanosamente su sueño, se trasluce en sus textos que testimonian que no hay edad para la búsqueda y para escribir de cada uno de esos encuentros, como consagraciones, milagros que la existencia le otorga:

Se viste la noche con su sombra
En su orfandad más oculta, un viento abre
Un libro de distancias.

Pequeñas voces elegidas,
Imperios inocentes,
Bajo el signo de la luna y la rosa
Y la gran confianza de la lluvia en la ventana.

(lo bello no es este suceder)
sino el sueño de desear que algo suceda
mientras la muerte duerme.

Juano Villafañe

Nota sobre su libro: “Deconstrucción de la mañana”

Nada mejor que algunas de las palabras de Jesús David Curbelo para decir de esta obra: “Deconstrucción de la mañana, intenta desarmar la realidad, trocearla en piezas que luego el poeta reconstruye en un conjunto nuevo, diferente, recontextualizado y, por ende, portador de dos cadenas de sentidos diversa: la que surge en cada fragmento por sí mismo; otra la que propicia la unión novedosa de los diversos trazos en el todo recién estrenado. Hay en este poemario un sabio manejo de lo que Leo Spitzer denominara “enumeración caótica”, presente en la voces de muchos poetas latinoamericanos... Villafañe cumple el papel de brindarnos a veces insólitas asociaciones metafísicas y simbólicas, enriquecedoras del discurso y de la atmósfera tropológica de los poemas.

Excelente el análisis de Curbelo respecto a todos los libros que habitan este libro, suerte de antología de Villafañe, que posibilita un viaje por la vida y la obra del poeta.

Creemos que el texto que da título al libro, es el central, el nudo de esta obra. Reproducimos su inicio y su final:

“... Abres la ventana a un sitio del mundo
donde vive la niebla y la sombra de la mañana.
Una brisa de luz trae su cuerpo a la entrada de un jardín
donde ingresa el aire, la pajarera, la sombrilla, los enjambres,
el hilo de la luz...”

Recorre el poeta en este extenso texto, lo descriptivo de todo el universo de un día, desde su amanecer hasta la noche, universo en el cual se registran inventarios de paisajes, sensaciones, acciones. Registro de voces, de silencios, de interrogaciones que se conjugan en estos cuadernos reunidos y en torno al que da nombre al volumen y a un personaje de mujer que lo ronda todo.

Y termina ese poema central:

La fuente está casi al final del patio.

Regresas para ver cómo se fijan los animales y su sombra.

Ella vuelve a vestirse.

Te has escapado de la noche.

Rubén Vela

Sobre: “Obra poética. 1953-2004 y Ensayos Críticos”

Honra comentar en éstas páginas esta compilación, selección o suerte de antología que nada menos que Juana Alcira Arancibia (1), presenta para los lectores de habla hispana, del gran poeta Rubén Vela, tanto más cuanto que este volumen no nos llegó vía editorial sino de propias manos del autor en ocasión del Congreso (2).

Conocemos la obra de Vela desde siempre. Ha sido jurado en algunos de nuestros concursos. Ha conversado largamente y estado en nuestra Asociación y nosotros en su casa.

La admiración por encontrar conjugado a un poeta con el hombre al que habita, como nos decía Hölderlin (3), no es óbice para restar objetividad a una recensión que asumo totalmente.

Más aún, despojarse del afecto —sin abandonarlo—, del conocimiento personal en aras de ser preciso en el comentario de un libro de la importancia de este tomo que reúne títulos como: “Introducción de los días”, Ed. Botella al mar que data de 1953, y así los demás títulos que durante cincuenta años constituyen la obra de Rubén Vela, conjugados con ensayos críticos de quienes a través de todos estos años se han ocupado de su obra, forman un corpus pocas veces visto en la poesía argentina.

Sin duda, la obra de este autor, junto a la de Luis Franco, Juan Laurentino Ortiz, Olga Orozco, Jorge Enrique Ramponi, Alberto

Girri, entre otros, forman una generación básica de la poesía argentina contemporánea, poco conocida porque “las editoriales que sólo buscan el negocio, apartándose del espíritu del editor de este género, eligen éxito a calidad, prensa y política a buenos textos. Por suerte esta editorial Vinciguerra es de las menos que sí lo conservan. Tampoco las currículas de la educación se han ocupado de los poetas argentinos contemporáneos.

También son de destacar los demás ensayos de Delfín Leocadio Garasa, Bella Joseff, Nina Thüler, Sebastián Jorgi, Yolanda Rosas, Julio César Forcat, Nélica Norris Cristina Pizarro, Zoraida González Arrili, Jorge Chen Sham, Marcela del Ra de París, quienes desde diferentes perspectivas críticas, abordan la obra de Rubén Vela y “develan”, para el lector, los aspectos más sobresalientes de su trabajo lírico.

Como ejemplo meramente, ya que más que mencionar a los autores de los ensayos, este comentario se excedería si hubiéramos de ocuparnos de cada uno de ellos, tomo el caso de Forcat que se titula “La visión de las culturas premodernas en la poesía de Vela (de su obra *Poesía y Libertad* (4), desentrañando uno de los meollos de la obra de R.V., como es el sentido antropológico de su poesía en la era premoderna, lo cual ha convertido a la obra de Vela, no sólo un capítulo de este tomo, sino que constituyó y constituye un libro de imprescindible lectura a la hora de conocer la raigambre ontológica de la poesía de Rubén Vela en la cultura de América, desde los orígenes, su color, el clima de lo “pre-moderno” como bien califica Forcat a la obra del poeta.

No en el mismo sentido, hay ensayos que sólo acumulan citas de otros sobre Vela, aportando apenas la oración que contiene asertos ajenos y poco o ningún aporte analítico, por más títulos que algunos autores ostenten o reiteren lo del “hablante lírico”, cuestión que no será tratada aquí, porque no hace a la cuestión no es

el motivo de la recensión, ni viene al caso criticar a un ensayista en la magnífica obra del poeta de América como se lo considera a Rubén Vela.

- (1) Juana Alcira Arancibia, Presidente del Instituto de Cultura Hispánica con sede en California EEUU.
- (2) Congreso “La mujer en la literatura Latinoamericana”. Universidad del Norte de Asunción del Paraguay y el Instituto de Cultura Hispánica con sede en California EEUU.
- (3) “Poéticamente habita el hombre” de F. Hölderlin
- (4) “Poesía y libertad” Ed. Almagesto Bs. As. 1996 Estudio crítico y selección de poemas de Julio César Forcat.

Los artículos sin especificación de publicación original, lo fueron en los números 17 y siguientes de la Revista Internacional de Poesía “Poesía de Rosario”.

Gabriel Zaid

Sobre: “La poesía en la práctica”

¿Para quiénes escribió Zaid este libro? Para los que sumergidos en la “práctica”, se sienten lejos de la poesía y para los que viviendo en la poesía, se sienten o están lejos de la “práctica”.

Esboza en el breve prólogo que él mismo suscribe los dos grandes temas a tratar que titula: “La ciudad y los poetas” y “La máquina de cantar”. Y tomando a Hölderlin y a Heidegger (“Poéticamente habita el hombre”), nos dice que “... la inspiración creadora, no sólo hace versos: sopla y lo mueve todo...”, parafraseando esos versos de Murilo Mendes: “... la poesía sopla donde quiere...”, palabras traídas, a su vez, de escrituras sacras antiquísimas.

Y es cierto, aunque no lo parezca, como actividad creadora, igual a cualquier otra, mueve muchas cosas que no se suponen en una primera mirada.

En ese “movimiento”, dice Gabriel Zaid, “la práctica; no es algo estrecho, mecánico y sin misterio, sino creación, como por otra parte, la poesía es práctica y (“... hace más habitable el mundo”...) como dicen los anteriores autores citados.

Cómo será de práctica la poesía que su mismo nombre original, el vocablo “poyéis”, quiere decir hacer cosas, o sea que, alguna vez; producir, fabricar se decía así y de ahí el título del libro del que estamos hablando.

“La ciudad y los poetas”, se divide a su vez en otros ítems; el primero de los cuales se titula: “Negándose a recitar”, y en este ensayo-diálogo con el público (recordemos que estos trabajos reunidos en el libro, fueron conferencias dirigidas a un público que escucha), refiere a la ubicación social del poeta, ejemplificando con Pedro Garfias, a quien llama “bohémio, poetas in aeternis”, a quien “... la sociedad no le da cabida práctica en el mundo, que lo deja en la calle económicamente; es decir, lo deja desnudo de una figura viable que ponerse para salir y andar por la ciudad, cobrando por asumirla y ejercerla; demostrando que la ciudad escucha a sus poetas, pero no les otorga lugar...”.

En relación al tema de “recitar”, Zaid cuestiona severamente la lectura de la poesía, asegurando que —y convengamos es así—, que el mismo poeta debe ser el lector de su poesía, no sólo porque con ello reasume su condición de juglar, sino porque, aunque su voz no sea la mejor, aunque su entonación no sea la más apropiada, así como la diga él, es como la recibió, así como llegó al poeta esa voz que transmite desde su interioridad y le dicta — como muchos declaran les ocurre—; no obstante lo cual plantea los riesgos del autor-lector, cuando la posesión del personaje se apodera del autor y “produce equívocos insalvables”.

Por el contrario, el ideal es, verbigracia las condiciones de Valle Inclán y Dylan Thomas que son “buenos actores de sí mismos”, dice nuestro autor.

En el trasfondo de toda esta primera parte, que no se agota con lo dicho, ni muchos menos, analiza por qué, una sociedad otorga un lugar de privilegio a una actriz —por ejemplo—, y no a un poeta, siendo que ambos son trabajadores de la cultura y colige Zaid, que es porque supuestamente, un poeta “no produce cosas tangibles para la sociedad de consumo, sino cosas importantes para la cultura, algo para llenarse tanto la boca, pero no para poner en práctica cuando, el interés de una sociedad, a pesar de los discursos en otro sentido, pasa por el vil metal y no por la culturización, que es un modo esencial de elevar el nivel de vida”.

Trae entonces Zaid a colación, lo hostil que en verdad es una ciudad con sus poetas, desde Platón, excluyéndolos de la ciudad perfecta, hasta nuestros días, cuando alguien se pregunta o nos pregunta:

“¿Para qué sirve la poesía?”

Sirve para todo, contesto. Sirve como la música o como el pan, como el hierro o la cibernética, pero al hombre torpe al que el sistema pareciera interesarle hacerlo cada vez más torpe; creará que el pan sirve para comer y el hierro para torsionar y hacer puentes, dejando de lado la poesía, la música y la cibernética, porque no entiende qué son —y si se lo sigue embruteciendo dentro de poco no entenderá nada de nada—, o peor aún, dirá como la zorra de las uvas, “... que no le gustan las uvas...”, porque no las alcanza.

Resumiendo, dice Zaid que “si los versos no dan para comer es porque no interesan y es al revés; no se desea lo que alimenta el espíritu, la razón, la cultura y por tanto, la poesía no da para comer. Vender tuercas parece imprescindible...en una república de tornillos.” Lógico sería vender poesía en una república de hombres cultos y no en una acepción elitista del término sino en la contraria. Para que leer libros no sea un “entretenimiento” (léase best Sellers), sino conocimiento.

Quizás una de las razones por las que un pueblo es dependiente, sea por no comprar libros sino videojuegos, por no comprar conocimiento y comprar pavadas. Un hombre pavo, que no haya adquirido conocimiento, conviene a un sistema dependiente —digo al central, no al sometido—, que cada vez tendrá mayor dependencia.

De no ser así, me pregunto qué gran revolución social no estuvo ligada a una cultural. China, a modo de ejemplo, dejó de ser feudos salvajes, violentos y desarticulados cuando un político y... poeta, (¡Oh!), produjo la revolución cultural y enseñó a leer casi

a la fuerza, sobre las espaldas de los millones de integrantes de la llamada “larga marcha”, sea esta historia real o simbólica, sólo hay que advertir las consecuencias que tuvo, tal vez no todas para ser exaltadas, pero provocadoras de grandes cambios sin duda.

Los pueblos dominantes no están entretenidos en zonzeras y que esto nos sirva para dejar de quejarnos de los imperialismos foráneos, que por otro lado existen y hacen lo suyo, —presionan, cobran intereses, corrompen a cuanto cipayo encuentran en el mundo—, y empecemos a quejarnos de los imperialismos internos, de la ignorancia, de las pésimas políticas que producen hambre y muerte.

Dice Gabriel Zaid que recorriendo ciudades en México (su patria), entre gente de medianos recursos, poseen autos y no libros. Paseando por barrios misérrimos observó que fuman, beben o “leen revistas de monitos”, pero no comen alimentos ni leen libros.

En cambio en las casas de familias ricas, sí hay libros, están bien alimentados y tienen también auto.

¿Por dónde empezará la cuestión? ¿Quién tiene, sino el Estado, la misión de educar al soberano?

Por último ironiza sobre la actitud de la gente frente al poeta, hasta el grado de que, muchos creadores, sienten “vergüenza” por “hacer poesía” y “lo guardan tan secretamente como a una amante”, “aparentando para con sus conciudadanos”, una profesión que los “demás” tengan valorizada como “decente”, sin analizar esas valorizaciones.

En II; “Teatralidad de los negocios”, analiza, a partir del llamado o los llamados “motivations search”, disciplina que psicoanaliza la fantasía del consumidor, lo operativo que resulta trabajar sobre el homo economicus, ya que para ellos, comprar, es

“situarse de personaje en un universo imaginario”, reafirmando la teoría de Pierre Martineau en su obra “Motivación in advertising”. Por eso, ligando esto al párrafo precedente, el citado autor dice que J.F. Kennedy, a quien apasionaba la lectura, se cuidaba muy bien de que tal predilección no trascendiese porque no hubiera sido bien visto en un país consumidor de autos un presidente que se supusiera pasara mucho tiempo leyendo.

A pesar de la diferencias de habitantes y de moneda y de tantas cosas, en Francia, por ejemplo, se publicaban más libros que en EEUU, donde se venden más autos que en Francia, todo lo cual, no deja de ser una probabilidad cultural, puesto que en el país europeo, en esos años, era muy bien visto que el general De Gaulle, leyera varias horas diarias o que Georges Pompidou, un banquero que fuera su ministro, publicara una... antología de la poesía francesa.

A qué ministro o funcionario político argentino se le escapó alguna vez la palabra “poesía”. No sé de ninguno.

Noé Jitrik

Sobre: “Cuando leer es hacer”

En otra de estas notas, comenté el libro de Gabriel Zaid, en la que traté de resaltar el tema “lectura”, insistido por dicho autor, como superlativo cultural, tanto para el nombrado como para el suscripto.

Como nada es casual, llega a mis manos, esta vez, del destacado Noé Jitrik, en una de las más relevantes actividades del departamento de Extensión Universitaria de la Universidad Nacional del Litoral, cuyo rector, el Dr. Juan Carlos Hidalgo, con la invaluable colaboración del Prof. Jorge Ricci y equipo, nos ofrece este clarísimo texto: “Cuando leer es hacer”, en su Cuaderno nº 13.

En el primer subtítulo, “El tema de la lectura; leer mucho y leer bien”, con muy buen criterio plantea que la ecuación: más lectura igual más cultura, desde una perspectiva alfabetizadora, es convincente. Sin embargo, abundando en la cuestión, se advierte que no es cierto y que lo cuantitativo es fundamental y preponderante, y valga este ejemplo muchas veces he puesto: hoy día se lee mucho más en cantidad que hace cincuenta o cien años atrás y así sucesivamente si retrocediéramos en el tiempo, mal que le pese a los autores que se quejan de vender pocos libros, eso no hace más cultos a los que leen los dos o tres libracos best-seller por mes o se anotan en un Club de lectores.

Sí hace a un lector más culto, leer un buen libro, sesudamente;

aún cuando su lectura le lleve: -comprensión-tamizado a través de su intelecto- relectura-cotejo con otros lectores, etc., y conclusión personal; aún cuando le lleve ese mismo lapso de tiempo.

Calidad versus cantidad. Signo de la época en el que la calidad, para los tontos, ha sido menospreciada por la cantidad. En ello interpreto que hace hincapié el autor, ya que sólo tomando la lectura como placer- trabajo-pensamiento; adquiere “Jerarquía de problema cultural” a considerar.

Al igual que el citado Zaid, Jitrik habla del privilegio que alguna minoría poseen en el mundo de las lecturas y enfatiza sobre el enfoque que a nivel didáctico debe tener la lectura para acercar al lector, en vez de ahuyentarlo.

En mi opinión, desde este enfoque, la U.N.L., en sus publicaciones, cumple ese rol de poner sobre el tapete la discusión, las distintas perspectivas que tiene la lectura, las opciones, abriendo posibilidades para una buena libertad de Elección.

En “Lecturas parciales pero adecuadas”, propone que, por ejemplo, la lectura parcial de un texto técnico que sólo es inteligible para su especialista, sirva de base de la lectura adecuada para el mejoramiento global de la cultura de una comunidad, en tanto y en cuanto, se tenga precisión sobre los efectos que se buscan.

En el subtítulo 3 “Los obstáculos de la lectura . La intención cultural”, levanta su voz el autor, con todos los que luchamos a favor del bando “por la lectura”, y en contra de los pasivos que integran los clubes “por la TV”, y otros similares que llegan al hombre, sin que éste haga nada más que recibirlos. Sin duda, hay una oposición sociocultural que involucra todos los aspectos de la vida de un pueblo: o se publicita el esfuerzo, el trabajo, el tesón, la lectura “críticamente significante”, como dice N. J.; o se publicita el consumo vano, el ocio, el esperar el maná del cielo (que no caerá más, se los aseguro), la pavada, la noticia imbécil sobre las alternativas íntimas de cierto nivel de “artistas de varie-

dades, que, para el interés imperialista de la ignorancia, suplantando el desarrollo mental y espiritual de un pueblo para mantenerlo postrado. Me detengo aquí, porque con el entusiasmo me he ido más allá de lo expresado por el ensayista que comento.

Así, nos dice Jitrik que si ciertos sistemas competitivos, con los libros disminuyen la letra escrita, por otro lado, socavan los intentos de corrección al proporcionar “modelos de comprensión simplificados...”. Es decir: acto de lectura es igual a trabajo. Recibir datos con imágenes musicalizadas no es trabajo, ya está todo dirigido y digerido.

En la parte de “El campo de los supuestos como obstáculo”, enumera supuestos de qué es la escritura para que sumados e interpretados, conjugados a apuntar a una de las capacidades máximas del hombre. “... la textualidad...”, y ratificando que la productividad convoca pluralidad de planos o registros en el entramado significante, dando cuenta de tal manera, de sus “alcances productivos”...

En el ítem 5: “Un espacio teórico para la lectura: qué cosa es la lectura?”, plantea salir de los límites que bloquean el problema lectura, sin negar la relación entre lectura y cultura, pero, reformulando que centra su fin, en ser “objeto de conocimiento”, y en las operaciones que se deben llevar a cabo para obtenerlo. Así, en el ítem 6; “El objeto lectura: su identidad”, nos dice de la relación lector-texto, como menciona un poema que, entre otros versos, dice que el poema hace al poeta, es decir que: el objeto lectura — su identidad de objeto —, no es una inmanencia, sino que surge de una posición del lector que la recrea y según el lector, idóneo o no, la identidad de objeto es o no adquirida por la lectura.

En el subtítulo 7, “Continuo y cadena celular: estructura de la lectura”, analiza, al desmenuzar la estructura, el aspecto material del objeto lectura, no como una línea, sino como una cadena de células que la integran. Así, “si la lectura de un texto consiste en ver ante todo la letra o los signos, luego admitir la identidad tex-

tual, después captar los significados, a continuación interpretar lo que se ha captado, posteriormente almacenar la interpretación... por fin ordenar todo en relación con un horizonte de sentido y, como consecuencia, reaccionar psíquicamente, aceptando o rechazando lo que el texto propone...”; de este proceso deviene el conocimiento producido, lo cual no implica calidad del conocimiento, que dependerá del sujeto que lee.

En “Tipos de lectura”, ítem 8 de este ensayo, esclarece que los niveles de lectura tienen que ver con tendencias o búsquedas particulares de individuos, grupos o sociedades según la orientación, generación, épocas y eficacia en la producción del conocimiento y en el ítem 9 “Determinaciones sobre la lectura!”, no remite a Gastón Bachelard (1), cuando habla de los espacios propios, de la casa, de la buhardilla, el cajón, los rincones.

Oportunidad, pertinencia, circunstancias para la lectura de cierto tipo y consecuente obtención de conocimiento. Y, efectivamente, se puede leer una noticia periodística en un colectivo, de pie; no así, como refiere el autor, un texto de filosofía, o de ciencias en las mismas circunstancias. En el texto reside lo que se pueda extraer de él y reitero con Harold Bloom, que “... el lector sólido y el poeta sólido sólo conocen (y agregó; se reconocen), en una lectura sólida que es un acto de relación...”.

En el 10º ítem. “La forma del objeto lectura”; destaca la diversidad y multiplicidad de formas de lectura: minuciosas o descuidadas, aproximativas o exhaustivas, filosóficamente abiertas o dogmáticas, formativas o evasivas, et sic de coeteris.

“Los niveles de la lectura”, tratado en el ítem 11, proponen la formulación del proceso de lectura, a fin de que podamos extraer conclusiones metodológicas útiles, dividiendo y explicando diferencias entre las llamadas “literal”, “indicial” y “crítica”, ésta última, abarcadora y aspiración de todo lector. Qué digo, digo que sólo la literal no nos lleva a la segunda fase, la indicial, sino que una tras otra, pueden permitirnos llegar a la totalizadora que es la crítica.

En el subtítulo 12, “¿Qué conocimiento o conocimiento de qué procura la lectura? Y al interrogar responde que además del saber específico nos procura interés por saber cómo se hizo el texto; nos abre puertas a otras lecturas, y es el sentido que una sociedad tiene o persigue en su desenvolvimiento sociocultural.

Por último, en el apartado “Saber leer”, Jitrik realza, más allá de la que nombra como “Comprensión inmediata”, que “opera sobre el reconocimiento de lo fijo”, la comprensión “diferida”, cuál sería la escurridiza de una primera lectura de un texto. La secreta, la esotérica, la que al ser desentrañada, unida a la comprensión inmediata, forma en el lector el concepto personal que le ofrece un texto, más allá de la comprensión original, después de un proceso de pensamiento sin el cual toda lectura es a medias, todo conocimiento incompleto y por tanto inútil, toda vez que después de leer no se piense.

Demás está decir la importancia de la obra que hemos tratado de describir y que ofrece un inabarcable terreno de investigación, que debe ser estudiado y compartido.

(1) Poética del espacio. FCE, México.

Nicolás Rosa

Sobre: “Los fulgores del simulacro”

No descubro nada al decir, como lo hiciera ya nada menos que Octavio Paz que, “para que exista una literatura es necesario que se den ciertos canales de comunicación y de diálogo que sólo puede establecer la crítica...”.

Ahora bien, este párrafo dejaría entrever una condición dependiente de la crítica, como puente entre lector y creador, y aún compartiendo el fondo de su significado, le restaría al género Crítica, autonomía literaria., cuestión que Nicolás Rosa, no sólo defiende, sino que, como citaremos, demuestra palmariamente las cualidades de la misma, acercándose más a lo dicho por Elliot, en cuanto a que, el desarrollo de la crítica, es un síntoma de desarrollo de la poesía, y que el desarrollo de la poesía es en sí mismo, un “síntoma de cambios sociales”, al referirse a su importancia.

Si he dicho en estas mismas páginas que libros como “Literatura y hermenéutica”, “El texto y sus voces”; que Zaid, Jitrik, entre otros a quienes recorro para aprender, son de imprescindible lectura más acá de los Jakobson, la Kristeva, Derrida y tantos; tenemos delante nuestro, en Nicolás Rosa, a un silencioso investigador, severo crítico de la crítica, visor de lo ínfimo no visto, descubridor de lo intersticial obviado como inexistente por algunos, árbitro o testigo de hipotéticas pugnas entre Freud y Saussure; intérprete de Borges, Cortázar, Sarmiento, Alberdi, Gutiérrez, Viñas y otros a quienes no solamente miente sino que desmenuza para el lector.

Crítico de la crítica equivocada o interesada. Tenaz demarcador de los críticos apoloéticos. Irónico tal vez. Polémico sin duda.

No se podrá hacer siquiera un comentario que olvide lo que Rosa enseña en estas páginas de su obra, a riesgo de pecar y caer en estos tipos de crítica que critica.

“Los fulgores del simulacro”, está dividido en tres grandes capítulos imposibles de abordar en su totalidad, titulados:

“Los discursos de la crítica” “Seis tratados y una ausencia sobre los “alambres” y rituales de Néstor Perlongher”, y “Breves crónicas parasemióticas”, reuniendo cuarenta y tantos trabajos que datan de los años 70’, hasta años recientes.

En “Estos textos, estos restos”..., Nicolás Rosa, después de realizar una revisión de conceptos y de señalar su ubicación personal “... alrededor de la cosa literaria...”, arriba al punto esencial de su postura al proponer que “... deberíamos hacer de la crítica un discurso autónomo...”. O el siguiente juicio: “... la función de la crítica es leer lo negado por la misma literatura...”, “... las obras excluidas de los sistemas, los textos ensombrecidos por las lecturas oficiales; aquello intersticial entre el exilio y el destierro...”. Y es ahí donde reaparece la función política de la crítica, ya que no es posible realizarla fuera del contexto oficial donde vive y así nos dice que: “... somos lectores de lo universal, pero somos escritores de lo particular...”.

Se interroga asimismo, sobre el presunto poder de la literatura y fustiga: “... los premios no coinciden con el valor de las obras, los medios masivos vehiculizan la falsa completud de los discursos sociales, se proponen como la verdad social...”. Y completa con un juego de palabras para releer y vaya por válida la reiteración cuando dice: “... o todos hacemos como que leemos lo que leemos y no leemos, o hacemos que leemos y leemos...” apuntando dialécticamente mucho más lejos de lo que lo hiciera Paul Valéry en “Política del espíritu” cuando nos habla de que todo el mundo tiende a leer lo que todo el mundo podría escribir, ironizando que obtiene triunfo la creencia acaso ingenua de que el placer y el esfuerzo se excluyen.

Nicolás Rosa nos previene que sus textos restos no deben ser leídos como simulacros de textos que aluden sino como simulacro de la crítica “ese género imposible que es la ficción crítica”.

Al enfocar el tema “Sarmiento, crítica y empirismo”, demuestra cómo el autor tratado, se apropiaba de los elementos de la cultura para “recambiarlos por una respuesta segunda; una elaboración crítica de esos mismos elementos”, sin que dicha tarea, alcanzase una verdadera nueva significación.

Desbroza la cultura dependiente, en la que se desarrolla su obra con los avatares propios de esa condición, remarcando, la que nuestro autor llama: “saturación ideológica”, a la que pueden ser sometidas las teorías, sobremanera las importadas.

Compara también las obras de Sarmiento y Echeverría, la una, menos condicionada que la segunda, para percibir los procesos (culturales), de su sociedad, ya que, mientras Echeverría realiza una transcripción de lo europeo, “... los márgenes residuales de la crítica europea reinante...”, Sarmiento toma una distancia que “... implica ya una elaboración y una confrontación...”; adeudando a este último la capacidad de su ser empírico, como clave de su crítica, aún cuando él mismo, sabía de los riesgos que implicaba y justificaba, al reconocer que elegía dicho modo de actuar “sobre una realidad en carencia como la del continente americano”.

Rosa prueba que la crítica empirista de Sarmiento es una cadena de significantes que se significan por agregación, así como en la parte de divulgación, estudia el modo por el que “el diarismo”, es esencial para interpretar la práctica crítica del sanjuanino.

En “Arte e imitación”, desentraña un procedimiento usual en él mismo, quien acepta todas las teorías románticas en un primer momento. Luego las somete a una especulación aparentemente evaluadora para “reaparecer intactas en la praxis crítica”, ya que el razonamiento realista de Sarmiento, hace que se critique

el argumento textual sobre el que se trabaja, pero “... se lo incorpora subrepticamente a la propia tesis...”.

En el ensayo “Estados adquiridos”, refiriéndose a la poesía de Liliana Lukin, propone: “... una lectura que deje de lado el aparato instrumental crítico de la institución y del discurso universitario —que se pretende depositario de todas las lecturas—, para presentarse como una experiencia en el sentido fuerte del término...” y “... la lectura del texto poético consiste en abandonar —si ello fuera posible— la así llamada reflexión crítica, en entregarse al texto...” acotando que el texto (poético), genera un espacio en el que la escritura y la lectura se consubstancian, “... absorbidos en la gestación de un objeto nuevo...”, tema que por cierto, preocupa a lectores y autores de poesía cuando no se entiende que el universo abierto que es un poema —a completar por los participantes para que sea obra creador y lector, ya que ninguno de los dos sin el otro existe—, precisa lo locutorio del discurso poético, más la recreación del lector en quien aquel discurso actúa perlocutivamente.

Cabría discutir, si no halláramos gran similitud con el planteo de Umberto Eco en “Obra abierta”, que apunta hacia objetivos mayores; la posibilidad esgrimida por nuestro ensayistas de que: “... quizás todo texto poético sea sólo eso: un espacio de lectura...”, lo cual es ya mucho decir si valoramos la recreación y lo que pone el lector al leer. Ese espacio de lectura, como todo espacio, es evidentemente para ocupar, y hacerlo, implica un trabajo de parte del lector.

Ahora, veamos si el lector está dispuesto a hacer un trabajo o sólo digiere lo ya masticado dentro de ese clima que Gilbert Seldés llamó “El clima de consentimiento de las masas a la cultura impuesta”.

También nos dice N. R. con Enrique Pezzoni, de lo transgresivo por antonomasia de la poética y al hacerlo, la poesía se exilia y, como la locura, “es el horizonte negativo que toda cultura y toda producción cultural se define contra ese horizonte...”.

Nos decía Norman Mailer en “El escritor en EEUU”, que: “... los artistas verdaderos están en oposición a su sociedad y la integración, aceptación o conformismo, han sido y son más favorables a la propaganda que al arte...”. Agrega nuestro crítico que: “... la poesía, al definirse... al tomar estado de cosa, define el marco del mundo, como excedente dice aquello que lo social calla...”.

Tal como se advierte, sin desmerecer la poesía de L. Lukin que trata, esa obra poética cumple la función de pretexto a este exhaustivo y minucioso trabajo, sobre todo el género lírico; mostrando ideológicamente una de las condiciones que tal vez proscribió a la poesía para el tono medio burgués de nuestro tiempo. ¿Y qué es la proscripción sino la soledad del poeta o la “vocación del silencio”, que menciona Nicolás Rosa al citar a Blanchot?

Al tratar “La pérdida del reino” de José Bianco, pone en evidencia cuestiones tales como que el discurso, los personajes, lo autobiográfico de Rufino Velázquez; están inevitablemente ligados y marcados a fuego por una ideología, un signo, una clase social a la que estuvo “... al menos adscripto a la misma como un Voyeur, desde su infancia hasta su muerte...”. Bianco, ya que: “la palabra y su escritura es necesariamente el discurso íntimo de la clase...”.

Ejemplifica que la palabra feudal era un discurso litúrgico, en el que se ejercía un rito de confirmación (de poder, por supuesto), tema que indiscutiblemente abre lecturas desde distintos ángulos, aplicables no sólo a la lectura de Bianco, sino a todo texto. Apertura, que al decir de críticos como Scaglia al opinar sobre “Obra abierta”, “... no entusiasma la perspectiva”. No entusiasma que todo se ponga sobre el tapete, abierto a discusión y análisis; porque ahí es donde naufragan los dogmas.

Por eso, diría con Eco y con quienes están de acuerdo con dicha visión, que Nicolás Rosa es un operador objetivo de la literatura, a la que desenmascara, actualiza, pone en vilo, le enciende en sus helados pies, el fuego crítico que positivamente desentraña una mejor lectura, otra comprensión de la “cosa literaria” como gusta decir a N. R., como “materia viva”.

Un párrafo solamente sobre la polémica que parece sostener desde tiempo atrás, nuestro crítico y Blas Matamoro. El primero no deja de decir nada sobre la capacidad del segundo cuando critica, sugiriéndole autores en los que abreviar su menguada capacidad analítica, sino postura ideológica al hablar de psicoanálisis en la obra de Borges.

Las citas de autores como Bachelard, las remisiones a Todorov y el reconocimiento erudito que surge de las páginas de “Fulgores...”, eximen de cualquier agregado a esta líneas, apenas introductorias a esta vasta e importante obra, cuyos elogios parten de sí misma y de los temas que pretenden, sea meramente inductor para los lectores.

Nota bibliográfica

Guillermo Ibáñez nació en Rosario, Argentina, en 1949. Ha dirigido varias revistas literarias, entre las que por su trascendencia, cabe destacar: “Gaceta literaria”, “Nuestros tiempo” y “Runa” en los 60’ y 70’ y “Poesía de Rosario” (Revista Internacional de Poesía), que aparece desde los 90’ y se encuentra en el sitio www.bibliele.com/interpoe.

Es miembro honorario de la Academia Argentina de Historia nombrado por el doctor Enrique De Gandía.

Sus obras más destacadas de los últimos años, se encuentra en los volúmenes: “Las voces de la palabra”, “Sombras sonoras”, prologado por la poeta Victoria Lovell, una edición bilingüe castellano-inglés realizada por el poeta y traductor Esteban Moore y una reciente, castellano-francés por la traductora Mariela Marinelli; “Árbol de la memoria” (de carácter antológico, con un ensayo preliminar sobre su obra realizado por el poeta e historiador Eduardo D’Anna), “De la metáfora, el mito”, “Libro del viento” (prologado con un ensayo realizado por la poeta Ana Russo), “Biografía” (prologado por la poeta Graciela Zanini), “Cantos al hombre” con ilustraciones de Ricardo Carpani, “26 Poemas Fundamentales” prologado por el poeta y ensayista Luis Benítez ; “Libro del amor y del olvido” prologado por la poeta Andrea Ocampo y “Haikus”, prologado por el poeta César Bisso; “La noche es un mito de esperas”, “Poemas escritos sobre vidrios empañados”, entre otros.

En narrativa: “El Personaje y otros cuentos” (prologado por Rosa

Boldori), “Contornos de Juego” (prologado por Alberto Lagunas), “La octava esfera”, “Jugar a la desesperación” (Nouvelle, prologada por el escritor y psicoanalista David Alberto Fuks) y “Pequeño Guille ilustrado”, prologado por la escritora y crítica Inés Santa Cruz, e ilustrado por el plástico Lucas Somariva. “Antístenes y otras ironías” (Narrativa), “Cuerpo vivido” (Epistolario-Prosas poéticas).

Tiene en preparación “La Poesía y su crítica” (Ensayos) y “Cuerpo vivido” (Epistolario - prosa poética).

Asimismo, su voz, ha sido registrada en “Voces de poetas” (CD) y “La noche es un mito de esperas” (En casete).

Su bibliografía completa, ensayos, y actividad periodística, como así la totalidad de sus libros, están en el sitio: www.guillermoibanez.com.

Ha publicado en Internet en las páginas de: Libros Tauro, Poética, Literatura Ecuatoriana, Poesía y Sentimientos, Poesía Breve, Antología Hispanoamericana, Isla Negra, Yo tenía una balsa, Red mundial de escritores en español, Poetas del mundo, Poemaria, Lexia, Ningó, encuentros y desencuentros, Isla poética, Alonso de Molina, Guía Cultural, entre otras.

Su correo es: poesiaderosario@hotmail.com

